

SERVICIO SECRETO

**BRUGUE
RA**

BOLSILIBROS

T POLICIACO

EL AGENTE SECRETO

Ronald Mortimer



**GANE 1
MILLON**
DE PESETAS

El anuncio del jefe del MI 5, el muy poderoso *sir* James Gardner-Brown, no sorprendió a ninguno de los presentes. Y menos que a nadie, al propio Cartwell. Era el mejor agente y lo sabía. Cuando algo ocurría en el mundo realmente importante, él era el elegido. Y lo que por esos días tenía en vilo al Servicio de Inteligencia británico y al mismo gobierno era realmente importante. Más que importante: Gravísimo.

—Ya lo sabe, Cartwell, las cosas se nos han puesto muy difíciles.

El agente, 34 años muy bien cuidados y ropas de Bond Street, asintió con gravedad. Quizá se riera alguna vez y hasta tuviera alguna mujer oculta por algún lado, pero nadie en el Servicio le había visto nunca ninguna de las dos cosas.



Ronald Mortimer

El agente secreto

Bolsilibros - Servicio Secreto - 1791

ePub r1.0

Lds 14.03.19

Título original: *El agente secreto*

Ronald Mortimer, 1985

Cubierta: Norma

ePub modelo

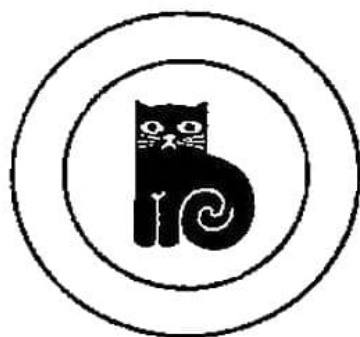
LDS

, basado en ePub base r1.2





**SERVICIO
SECRETO**



CAPÍTULO PRIMERO

—Naturalmente, de la misión se encargará Cartwell.

—Naturalmente, señor.

El anuncio del jefe del MI 5, el muy poderoso *sir* James Gardner-Brown, no sorprendió a ninguno de los presentes. Y menos que a nadie, al propio Cartwell. Era el mejor agente y lo sabía. Cuando algo ocurría en el mundo realmente importante, él era el elegido. Y lo que por esos días tenía en vilo al Servicio de Inteligencia británico y al mismo gobierno era realmente importante. Más que importante: Gravísimo.

—Ya lo sabe, Cartwell, las cosas se nos han puesto muy difíciles.

El agente, 34 años muy bien cuidados y ropas de Bond Street, asintió con gravedad. Quizá se riera alguna vez y hasta tuviera alguna mujer oculta por algún lado, pero nadie en el Servicio le había visto nunca ninguna de las dos cosas.

Además del muy poderoso *sir* James, que presidía la reunión, participaban de ella el mayor Alexander Wellright, con uniforme y bigotito; el capitán Burton, un par de funcionarios del MI 5, y el agente Cartwell, naturalmente.

Que iba a hacer un comentario a la frase del jefe, pero el mayor Wellright se le adelantó.

—¿Su idea es que el señor Cartwell actúe solo, señor? —preguntó a *sir* James.

Éste quitó una imaginaria mota de polvo de la manga de su chaqueta y, tras la necesaria pausa para que quedara patente su molestia, se dio por aludido.

—Me temo que no alcanzo a entender el sentido de su pregunta, mayor.

El aludido no se inmutó. Estaba acostumbrado a las

demostraciones de autoridad del gran jefe. Y también estaba acostumbrado a disimular sus errores, aunque prefería estar alerta para evitarlos.

—Me refiero, señor, a la extrema peligrosidad de esta misión. Si la KGB ha decidido romper las reglas del juego y matar a nuestros agentes, como ha ocurrido con los residentes de Estambul, Viena y Berlín, no dudará un segundo en matar a Cartwell, cuyo rostro no les es desconocido.

Los presentes se movieron incómodos. Las intervenciones críticas de Wellright solían sacar de sus casillas al gran jefe y eso no favorecía a nadie. Cartwell, por su parte, se mantenía en un digno aislamiento, como si la cosa no fuera con él.

—Ahora estoy seguro de no entenderle, mayor —tronó por fin *sir* Alexander—. ¿Está queriendo decirme que la misión es demasiado peligrosa y que habrá que dejar de pensar en ella?

El aludido disimuló una sonrisa y respondió muy serio.

—Por supuesto que no, señor. La misión tiene que realizarse.

—¿Quiere decir que Cartwell no es el hombre indicado?

—Cartwell es nuestro mejor agente, señor. Nadie podría desempeñarla como él.

El rostro del gran jefe se estaba poniendo rojo, lo que era mal síntoma.

—¿Entonces —explotó—, qué es exactamente lo que quiere decir? ¡Porque maldito si le entiendo!

—Señor —respondió el mayor, sin perder un ápice de su calma—, lo que quiero decir es que, en mi opinión, debería enviarse otra persona a Moscú, además del agente Cartwell.

Todos, ahora también el aludido, le miraron sorprendidos.

—Pero Cartwell siempre ha trabajado solo... —Opuso *sir* Gardner-Brown porque eso fue lo primero que se le ocurrió y quería oponerse.

—Desde luego, señor. Y mi idea es que trabaje sólo también esta vez.

—¿Usted quiere decir una especie de reaseguro por... por si algo le ocurriera a Cartwell? —intervino conciliadoramente el capitán Burton.

Wellright negó con la cabeza.

—No, no exactamente —dijo—. Si me permiten explicar lo que

he pensado... —Miró a *sir* James y, como éste no dijo que no, se dio por autorizado—. Bien —continuó—, como ya se ha dicho aquí, la misión es de extrema peligrosidad. Se trata, no de conseguir alguna información sobre instalaciones de misiles en Bulgaria o Checoslovaquia, sino de introducirse, por decirlo de alguna manera, en las propias fauces del lobo... O quizá en este caso debería decir del oso. Se trata nada menos que de averiguar por qué la KGB rompe un acuerdo tácito que viene desde la Segunda Guerra Mundial, y mata a nuestros agentes...

—Creo que todo eso es ya sabido por los presentes, mayor —interrumpió abruptamente *sir* James, quitándose otra mota de polvo, imaginaria o no, de la manga de su chaqueta.

—En efecto, señor —admitió Wellright—, hacía esa introducción para recalcar la extremada peligrosidad de la misión, ya que Cartwell tendrá que actuar en Moscú, lo que ya es muy grave, y, además, introducirse en la propia KGB. Francamente no sé cómo podrá lograrlo...

—Ya se me ocurrirá algo, mayor. Nunca hago planes anticipados. Prefiero actuar sobre la marcha —dijo con su aire de suficiencia habitual el agente Cartwell.

Era el mejor, pero eso no significaba que fuera el más simpático.

Sir James aprovechó para recordar que él era el jefe allí.

—Me permito rogarle que concrete... opinión, plan, o como quiera llamarle.

—Simple idea, señor. Y la expondré de inmediato. Cartwell, como antes dije, es bien conocido por la KGB...

—Sé ocultarme y pasar inadvertido —espetó el aludido.

—Por supuesto, Pero lo que yo he imaginado es enviar a otra persona; además de Cartwell, naturalmente...

—No disponemos de tantos agentes, mayor. Y, por otra parte, los pocos de primera línea que tenemos también son conocidos por KGB.

—Yo no pensaba en enviar un agente, señor. Por eso dije otra persona.

—Tiene usted razón. No había apreciado el matiz —admitió *sir* James, en uno de sus infrecuentes raptos de humor.

—Bien, señor —prosiguió Wellright—, para decirlo en términos sencillos, se trataría de un cebo. Enviaríamos a una persona sin

ninguna experiencia profesional, que inmediatamente sería detectada y seguida por la KGB. Eso, creo yo, podría dar una mayor libertad de movimientos a Cartwell.

Éste, por primera vez en toda la reunión, dio signos de estar interesado, aunque no abrió la boca.

—Lo que usted propone es muy irregular, mayor —opuso *sir* James, según era su costumbre cuando las ideas originales no habían partido de él.

—Lo sé, señor, pero también la misión es irregular, por decirlo de una manera suave.

—El Servicio no gusta de contratar personas ajenas a él.

—Pero lo hace con bastante frecuencia, señor.

—En efecto, pero nunca para enviarlos a husmear en los cuarteles generales de la KGB.

Hubo sonrisas discretas.

—Esa persona no husmearía en la KGB —siguió Wellright impertérrito—. Ignoraría la verdadera misión y, por supuesto, la existencia de Cartwell, inventaríamos cualquier excusa... Entrar en contacto con un supuesto espía soviético que quiere pasarse a nosotros, por ejemplo —se dirigió a Cartwell—. ¿Qué plazo se ha fijado usted? —preguntó.

—No más de siete días. Es el tiempo de duración de la *Exposición de Máquinas Herramientas Británicas*. Ya saben que mi cobertura será la de técnico instalador de la *Exposición*.

—En ese caso —siguió Wellright—, diríamos a nuestro hombre que espere al agente soviético durante siete días. Y, sino se presenta, que regrese tranquilo.

Inesperadamente, Cartwell se dignó hablar.

—No me parece mala idea, señor. Puede que ese pobre diablo no llegue a estar cuarenta y ocho horas en Moscú, antes que lo arrojen al otro lado de la frontera de un puntapié en el trasero, pero esas cuarenta y ocho horas pueden ser vitales para mí. Si logro conectar con Gorianov las cosas irán muy de prisa.

—Hum... —Hizo *sir* James.

No le gustaba dar la razón a su segundo, el mayor Wellright, pero tampoco —menos aún—, no contentar a su agente estrella. Se decidió por él, pero con condiciones.

—Sí, la idea puede tomarse en consideración en principio,

pero... ¿Dónde se va a hallar, de aquí a cinco días, ese hombre? No nos olvidemos que, en lugar de ese puntapié en salva sea la parte — *sir James* era muy cuidadoso del lenguaje—, puede recibir una condena por diez años, o hasta una bala en el corazón, si las cosas son tan feas como nosotros creemos que son. ¿Por qué alguien se arriesgaría a ello?

—Por dinero, señor.

—No disponemos de mucho...

—Pero diez mil libras podrían disponerse.

—¿Ha dicho tres mil, mayor?

—He dicho diez mil, señor.

—Hum... Es más de lo que gana...

—Ese pobre diablo arriesgará su vida, señor — sorprendentemente, era Cartwell—. Usted mismo lo ha dicho.

Esto decidía el asunto.

—Sí, sí, claro —refunfuñó el gran jefe—. Podría arreglarse lo del pago —volvió a animarse—. Pero sigue en pie lo fundamental: ¿Dónde encontrar a ese hombre, si sólo disponemos de cinco días?

Era la oportunidad que Wellright esperaba.

—Yo tengo el hombre, señor.

Todos le miraron.

—Explíquese, mayor.

—Sí, señor. Se trata de un vecino de mi escalera...

—No es ésa la mejor recomendación que he escuchado en mi vida.

—Por supuesto que no, señor. Pero es que se trata de un tipo muy especial.

—¿Buen patriota?

Wellright dudó visiblemente antes de responder con voz neutra:

—Suele cantar el *Rule, Britannia* cuando se ducha, señor. Las ventanas de nuestros cuartos de baño se enfrentan —agregó, para disipar posibles equívocos.

—¿El *Rule, Britannia*, eh? —comentó *sir James*—. Bien, suena un poco disraeliano, pero supongo que es mejor que cante eso y no la *Internacional*.

—Lo mismo pienso, señor. Por otra parte, según he oído comentar a la esposa del portero, que limpia su piso y el mío, está con grandes problemas de dinero a causa, parece ser por partes

iguales, de un caballo y de una morena.

—¿Es práctica habitual en usted, mayor Wellright, seleccionar sus colaboradores en base a la información que recibe de la esposa de su portero? —preguntó *sir* James y las sonrisas pasaron de discretas.

—No lo es, señor —respondió Wellright con su calma de siempre—, pero, por principio, nunca desdeño la información que puede brindar la esposa de un portero. En especial si la información concierne a un vecino de la escalera y es negativa para él.

Ahora las sonrisas se transformaron en risas.

—¿Cree usted que su... notorio vecino aceptará la misión? —preguntó *sir* James, empezando a ceder.

—Creo que sí, señor. Si mis informes son correctos, su necesidad de dinero es muy grande y muy urgente. Diez mil libras son una buena razón para aceptar.

—Pero no para perder la vida. Algún otro incentivo... El patriotismo, tal vez.

—Tal vez, pero quizá mejor sea el sexo.

—¿El sexo? —se asombró *sir* James—. Ese pobre diablo va a ir a Moscú, no a Berlín o Copenhague.

—No me refería a ese sexo...

—¿Es que hay otro? —Intentó bromear uno de los funcionarios menores, pero sin éxito.

—Aunque no conozco a mi vecino más que por encuentros de ascensor —explicó Wellright—, supongo que, como todo hombre que siente una especial predilección por las mujeres, tendrá algo de romántico.

—¿Sugiere que el Servicio le busque una novia moscovita, Wellright? —tronó el gran jefe.

—No, señor. Pero sí que podríamos decirle que el soviético que quiere pasarse, y con quien tiene que contactar, es una mujer.

—El toque sexual... Hum, sí, podría ser. —Gardner-Brown no se daba por vencido—. Pero hay más escollos y me parece que insalvables. El idioma, por ejemplo. Resultaría inverosímil hasta para... —se interrumpió, preguntando a Wellright—: ¿Diría usted que su vecino es una persona excepcionalmente lista?

—Diría que es excepcionalmente despistado, señor. Veinte veces ha introducido su llave en mi puerta, creyendo hacerlo en la suya. Y

siempre a altas horas de la madrugada, debo agregar —miró a su jefe con renovado entusiasmo—. Pero con respecto al idioma, no hay problema. Empecé a pensar en él cuando la esposa del portero me dijo que mi vecino habla el ruso...

—¿Que habla el ruso? —se exaltó *sir* James—. Encuentro eso altamente sospechoso.

—También la esposa de mi portero. Pero yo no, teniendo en cuenta que el ruso es el idioma más estudiado en la Gran Bretaña. Creo que más aún que el francés.

—Lo que manifiesta un espíritu derrotista entre nuestra juventud.

—Sin duda, señor. Pero, volviendo a mi vecino, hice algunas averiguaciones. Es licenciado en Filología Inglesa, y conoce otros tres idiomas, además del ruso. Y del inglés, naturalmente. Tiene veinticinco años y es soltero. No tiene antecedentes penales, pero en, al menos, tres oportunidades, fue llevado a distintas comisarías londinenses.

—¿Por qué? —preguntaron varios a la vez.

—Por cantar *Rule, Britannia*.

—Qué manía tiene ése con *Rule, Britannia* —comentó el capitán Burton.

Pero *sir* James vio el asunto desde distinto ángulo.

—¿Es que ahora es delito cantar *Rule, Britannia* en Londres? —gritó.

—Lo es si se canta a la madrugada, en evidente estado de ebriedad, y siempre a extranjeros, presuntamente naturales de ex colonias británicas, señor —explicó Wellright.

—Bien —comentó *sir* James—, eso demuestra un sentido impe... Hum, patriótico, que no puede serme desagradable. También yo, en mi juventud... Pero dejemos eso. ¿Ha pensado en la cobertura para este joven? —Lo había ascendido a «joven».

—Sí, señor. Siendo, como es, un filólogo, pensé que podría ir a estudiar, en su idioma y en su hábitat, a algún escritor ruso...

—Excelente idea. Dostoievski, supongo. O quizá Tolstoi.

—Señor —dijo Wellright, con expresión de cansancio—, desde el triunfo de los bolcheviques estamos enviando agentes que se supone van a estudiar a Dostoievski o Tolstoi. ¿No podríamos variar esta vez?

La observación no hizo mucha gracia al gran jefe, pero logró encajarla.

—Chejov podría ser el adecuado —dijo.

—Totalmente adecuado, señor —aprobó Wellright, que no quería llevar las cosas demasiado lejos.

Sir James miró a todos.

—¿Alguna proposición al plan del mayor Wellright? —preguntó.

Era puro trámite, porque ninguno de sus acólitos, con la única excepción del mismo Wellright, se oponía nunca a los que suponían, eran sus deseos.

Nadie se opuso.

—Entonces queda decidido. Usted, Wellright, se encargará de transmitir el ofrecimiento y, caso de que haya aceptado, traerá a mi presencia a... Por cierto, ¿cómo se llama nuestro «agente secreto»?

—Larry Somerset, señor.

—¿Y cree usted que ese joven Somerset aceptará participar en la locura que usted ha pergeñado?

—Creo que sí, señor. Siempre que las informaciones de la esposa del portero sean correctas, claro.

CAPÍTULO II

La primera impresión de Larry al descender del avión en el Aeropuerto de Sheremetyevo fue que todo era más grande y moderno de lo que había imaginado. Y que hacía más frío.

Había estudiado ruso solo porque una chica que fue el único amor de su vida durante un par de años —entre sus dieciocho y sus veinte— le había dicho que no se acostaría con él si no le hablaba en esa lengua. Pero accedió a acostarse antes y cuando Larry alcanzó un aceptable dominio del ruso, ya estaba cansado de ella, por lo que nunca cambió una palabra con la chica en el idioma del doctor Zhivago. Hubiera sido notable que lo hiciera ya que ella era el único idioma que hablaba, además del inglés, era el *cockney*.

Así que sus conocimientos sobre la Unión Soviética no pasaban de lo que decían los telediarios y los periódicos. Eso, con respecto a la política o la arquitectura o la gastronomía, porque la literatura rusa sí que la conocía. En especial, la del siglo XIX. «Pero ¿es que hay otra?», había preguntado una vez a un profesor que lo instaba a ampliar sus conocimientos.

—Pasaporte, por favor —le pidió un aduanero, en correcto inglés.

—Aquí lo tiene —le contestó él, en casi correcto ruso.

El funcionario lo miró por primera vez y después miró a un hombre de paisano, que parecía muy interesado en la lectura de *Izvestia*. El hombre no hizo ningún signo de reconocimiento.

—Motivo de su visita a la Unión Soviética —preguntó el funcionario.

—Profundizar en el estudio de la vida y la obra de Chejov —dijo muy animado Larry.

El otro volvió a mirarlo, esta vez con auténtica preocupación. Ya

era de tener en cuenta que un inglés hablara ruso, pero que ese inglés diera como motivo de su viaje el estudiar a Chejov...

Lo que, si no justificarse, sí puede explicarse por el hecho de que el aspecto de Larry —un metro ochenta de estatura, setenta kilos y cuerpo atlético— no era el que se espera que tenga un filólogo. ¡Ni siquiera usaba gafas!

Aunque consciente de que no debía hacerlo, el funcionario preguntó:

—¿Y en siete días piensa conocer la vida y la obra de Chejov? Porque su visado no le permite estar más tiempo.

Larry estaba mirando una pelirroja, lo primero mirable y admirable que había encontrado en territorio de la hoz y el martillo.

—Si no la encuentro en siete días... —empezó muy despistado, pero se detuvo abruptamente.

—¿Si no encuentra a quién? —Casi gritó el estupefacto funcionario.

—A la inspiración —respondió tranquilamente Larry—. ¿A quién va ser?

—¿En qué hotel se va a alojar? —preguntó con voz tensa el otro, mientras lanzaba miradas como sirenas de alarma al del *Izvestia*.

—En el *Ukrania* —respondió maquinalmente Larry, ajeno a todo lo que no fuera el trasero de la pelirroja, que se alejaba bamboleante.

* * *

—Que sepa ruso no significa nada. Millones lo estudian en los países capitalistas.

—Sí, pero eso de que va a estudiar la vida y la obra de Chejov en siete días. Y lo de la inspiración...

—Debe tratarse de uno de esos ingleses que se drogan con ironías, como otros lo hacen con heroína. En Occidente, la cuestión es drogarse.

—Bueno, bueno, yo cumplo con mi obligación al avisarte. Ahora, si no quieres informar sobre él, eso es cuestión tuya.

—¿Cómo que no quiero informar? Claro que voy a informar. ¿Crees que voy a arriesgar mi empleo por un presunto tonto que puede acabar siendo un gran listo?

Después de una rápida ducha y un café bebido de pie en el bar del hotel, Larry salió a la calle. Tenía prisa por realizar su trabajo. Y por realizarlo bien. Las diez mil libras que su amable vecino de piso le ofreciera —de las que le había adelantado mil, más los gastos— significaban el paso de la pobreza más extrema a la esplendidez de la riqueza.

Pensó en Bárbara, la bella, distinguida, excitante, inalcanzable Bárbara. ¿Inalcanzable por qué? Porque a ella sólo se accedía trepando por una escalera de libras esterlinas. Sí, tenía que hacer un buen trabajo para que no le pusieran pegas a la hora de reclamar las nueve mil restantes.

Y también por la emoción. Para un licenciado en Filología inglesa que sólo había conseguido suplencias en presuntuosos pero poco dadivosos colegios privados, convertirse de la noche a la mañana en James Bond era como estar emocionado.

Absorbido por las mujeres, el *whisky* y los escritores ingleses anteriores a Shakespeare, poco tiempo le había quedado a Larry para la aventura. Y ahora esto...

Una muchacha envuelta en un grueso abrigo de piel y con un gorro también de piel pasó junto a él pareciendo mirarle. ¿Sería ésa? Pero la chica siguió su camino sin volver la cabeza.

Esto hacía aún más excitante la aventura. No haber visto ni siquiera una fotografía en blanco y negro de la mujer que estaba dispuesta a pasarse a Occidente. «A Occidente», repitió las dos palabras paladeándolas debidamente. Porque él era Occidente.

Dejó atrás el Hotel *Ukrania* pensando que si era uno de los mejores exponentes de la arquitectura estaliniana, se quedaba con la arquitectura victoriana, por aburrida que ella fuera.

Pero no era aburrido el panorama que se ofrecía a sus ojos. Frente a él, el intenso tráfico de la Avenida Kutuzov, una de las grandes entradas de Moscú, que después se continúa con la carretera de Minsk; en dirección opuesta, es decir, la que él iba a seguir para adentrarse en el corazón de la inmensa ciudad, el bonito Puente Novoarbastky y discurriendo en él, las semiheladas aguas del Moskva, el río que da nombre a la ciudad. Era la hora del mediodía, y multitud de personas abandonaban los inmensos edificios estatales, camino de sus casas o restaurantes próximos,

para almorzar.

Sintiéndose satisfecho e importante, atravesó el puente en dirección contraria a la que llevaba la mayoría de la gente. Al terminar de cruzarlo y poner pie en la continuación de la Kutuzov, que es nada menos que la muy moderna e importante Avenida Kalinin, un monumental edificio llamó su atención.

Mirar hacia lo alto sin dejar de caminar por una acera abarrotada siempre es peligroso. Se llevó por delante a una chica, a la que casi hace perder el equilibrio y a la que hizo caer el bolso.

—Discúlpeme —dijo en inglés porque estaba muy confundido, mientras se agachaba a recoger el bolso.

—Extranjero tenía que ser —dijo la chica obviamente en ruso y, cogiendo el bolso siguió su camino muy fastidiada.

La masa humana era muy densa, así que cuando se volvió ella había desaparecido ya y era inútil —y podía resultar altamente sospechoso— abrirse paso a codazos para alcanzarla.

Larry estaba furioso consigo mismo. Todo había estado tan bien preparado, tan sincronizado al minuto —a hora de llegada del avión a Sheremetyevo, el tiempo de llegar al hotel y darse una ducha y salir; ¡hasta el tiempo de tomarse un café!— y él lo había echado todo a perder por su inexperiencia.

Pensó con envidia en James Bond. Y más todavía: en el viejo, cornudo, pero infalible Smiley, cuyas aventuras viera en televisión. El sí hubiera sabido qué hacer. Porque era un profesional y vivía las veinticuatro horas de cada día para su profesión. En cambio él... ¡mirando edificios como un turista yanqui!

No se concedía reposo ni disculpas. Todavía inmóvil en el lugar del encontronazo seguía encontrando motivos para auto insultarse. «Aunque no me hubiera dado cuenta que se trataba de ella cuando simuló echarse encima, debí comprenderlo cuando comprenderlo cuando dijo “Extranjero tenía que ser”. Una frase que hasta un niño o un retrasado mental hubiese entendido en su verdadero sentido. Cualquiera, menos yo».

Tenía ganas de darse con la cabeza contra los muros de cemento del edificio que tanto le había distraído de su misión. «Puede que no haya otra oportunidad. Tal vez ya la han detenido. ¡Por mi culpa y por culpa de este estúpido edificio!».

Pero lo del edificio le dio una idea que, al menos en mínima

medida, contribuyó a animarle.

«Tal vez trabaje en este mismo lugar. Es la hora de la salida del personal. Y esto debe ser un Edificio del Estado. Es natural que sea funcionaria del Estado, seguramente de alto rango, si quiere pasarse».

Se acercó hasta poder leer la gran placa de bronce, al costado de la puerta principal: COMECON. Hasta él sabía que esas siglas correspondían al equivalente comunista de la Comunidad Económica Europea occidental.

Se alegró de saberlo porque esto encajaba con sus pensamientos. Si todo había andado bien para ella, se negaba a admitir que pudiera no ser así, podría encontrarla a la hora de la entrada. No, eso resultaría sospechoso, mejor a la hora de la salida. Tendría que averiguar cuál era esa hora.

Subió una amplia escalinata, pasó junto a las banderas de los países que integran el COMECON y, sin echar ni una ojeada al hermoso espectáculo del Movska que desde allí se veía, se encaró con un uniformado portero que acababa de salir por una de las grandes puertas.

—Por favor, ¿puede decirme a qué hora sale el personal por las tardes? —le preguntó, en correcto ruso.

—A las cinco —respondió el otro sin mucho entusiasmo, y siguió su camino.

* * *

—¿Boris?

—Sí.

—Soy Viktor... Viktor Ivachenko.

—Sí, ya sé qué Viktor eres. ¿Qué ocurre?

—¿Sabes en lo que estoy?

—Sí. Nadie me pasó toda la información antes de irse. ¿Qué ha hecho ahora el estudioso de Chejov?

—Pues... No sé si esto tendrá importancia o no...

—Si me llamas, es porque piensas que la tiene.

—Hombre, supongo que sí. Pero ya sabes que no tengo mucha experiencia en esta profesión.

—Ya lo sé. Lo tuyo es el ajedrez y la filosofía. Venga, larga el rollo de una vez que tengo mucho jaleo aquí.

—¿Por qué?

—Hay reunión urgente de jefazos. Parece que ocurre algo gordo. Venga, dime lo tuyo.

—El filólogo salió del hotel a las...

—Ahórrate las horas.

—Bueno. Cruzó el Puente Novoarbastky y, frente al edificio del COMECON, chocó con una muchacha. A ella se le cayó el bolso y él se agachó a recogerlo. Había mucha gente y no puedo saber con certeza si intercambiaron algo, aunque sí estoy seguro que hablaron.

Hubo un silbido al otro lado de la línea.

—Chico, eso puede ser importante. O no, nunca se sabe. ¿Sabes quién es la chica?

—No, tengo órdenes de seguirlo a él. Pero puede que sea funcionaria del COMECON.

—¿Por qué lo dices?

—Porque, no bien separarse, él, después de mirar hacia atrás, seguramente para ver si era seguida, subió la escalinata y habló con un portero.

—¿Oíste lo que dijo?

—No, pero pude interrogar al portero. Le preguntó la hora de salida del personal. Eso es todo. Después siguió por la Kalinin, pareció que iba a llegar hasta la Plaza Roja, pero cambió de idea y se metió en un restaurante. Ahora está comiendo allí.

Hubo un breve silencio, y después:

—Mira, como no quiero cargar con responsabilidades, diré al jefe lo que me has dicho. Tú llámame en media hora. Pero desde ya te digo que trates de identificar a la muchacha. Aunque sin descuidar al filólogo, claro.

—Descuida. Soy novato, pero no tonto.

—Nunca pensé que lo fueras. Me ganas al ajedrez.

—Oye... Ahora sale. Parece que no le gustó la comida...

—O que tienes algo urgente que hacer. Vete, no le pierdas de vista.

—Descuida, tiene que pasar junto a la cabina.

—No dejes de llamarme en cuanto puedas.

La reunión había sido convocada urgentemente por el general Zhilov, jefe de la KGB, y a ella asistían el segundo jefe, coronel Igor Voriachev; el experto en cuestiones inglesas, Wladimir Kostachenko, y un par de jefes de secciones europeas.

Todos miraban con semblantes preocupados a Zhilov.

—Siempre hemos podido seguir y hasta prever los movimientos de Anthony Cartwell —estaba diciendo éste—. Es muy hábil y más de una vez se nos ha escurrido de las manos o se ha salido con la suya ante nuestras propias narices, pero al menos le conocemos. Podría decirse que es alguien a quien se conoce lo suficiente para prever su próxima jugada. Especialmente porque se conoce el juego que él y nosotros estamos jugando. Por eso su entrada hoy en Moscú me desconcierta. Dicho en otras palabras: No le esperaba hoy.

El jefe calló, mirando a los otros, mientras con una cucharilla revolvía el azúcar de una humeante taza de té que tenía ante él.

Kostachenko tomó la palabra.

—Creo que su visita debe estar relacionada con las muertes de agentes británicos en Viena, Berlín y Estambul.

—Eso es tan sencillo, que yo he empezado por ahí. He partido de ahí —dijo el jefe—. Pero, si es así, ¿por qué viene Cartwell...?

—Perdón, señor.

Zhilov miró con disgusto hacia la puerta, donde su ayudante Goriev esperaba autorización.

—¿Qué ocurre? —preguntó con impaciencia.

—Acabo de recibir una información que creo debo transmitirle de inmediato, señor.

—Está bien, pase.

—Señor, esta mañana llegó a Sheremetyevo un británico. Tenía su documentación en regla, pero llamó la atención por hablar correctamente ruso y haber dicho que el motivo...

—Abrevie, por favor, Goriev.

—Sí, señor. El jefe de servicios decidió que se lo pusiera bajo vigilancia, aunque sin darle ninguna prioridad, por lo que asignó a la tarea a un joven recientemente incorporado al servicio. Un tal...

—Su nombre no importa.

—Bien, este agente acaba de informar que el británico, cuyo nombre es Somerset y a quien no tenemos en nuestros registros,

entró en contacto con una funcionaria del COMECON hace unos minutos.

Los presentes empezaron a dar muestras de interés.

—¿Qué tipo de contacto? —quiso saber Zhilov, y su ayudante lo explicó brevemente—. Ha hecho bien en informarnos —dijo al jefe a su término, y Goriev se retiró.

—Bien, señores, aquí tenemos algo nuevo. ¿Creen ustedes que puede haber relación entre la llegada de éste... —consultó un papel en el que había tomado notas—. Somerset y la de nuestro amigo Cartwell?

El experto en cuestiones inglesas, Kostachenko, fue el primero en hablar.

—No es el estilo habitual de Gardner-Brown, pero podría haber relación. De todos modos —concluyó con un atisbo de sonrisa—. Se me enseñó a no creer en las coincidencias.

Zhilov paseó la mirada en derredor. Nadie habló, ni siquiera el poderoso segundo jefe Voriachev, generalmente locuaz pero en esos momentos extrañamente silencioso y como reconcentrado en sí mismo.

El jefe decidió tomar el asunto en sus manos.

—Como Kostachenko —empezó—, yo también he sido enseñado en la creencia de que las coincidencias no existen. Si ayer llega Cartwell y hoy otro británico que habla ruso y se preocupa de que nosotros lo sepamos no bien bajar del avión, y una hora más tarde tiene un encontronazo con una funcionaria del COMECON, se me hace difícil en exceso creer en una coincidencia.

—Pero la actuación de este Somerset resulta un tanto... —empezó uno de los jefes de Europa, siendo interrumpido por Zhilov.

—¿Exagerada?

—Sí, eso es lo que quería decir. Como si se estuviera sobreactuando.

El jefe aprobó con la cabeza.

—De eso se trata —dijo—. La tan antigua «pista falsa». Envían a un cebo para que nosotros nos lo traguemos y nos olvidemos de Cartwell. Pero nosotros haremos exactamente lo contrario. Que se encargue el novato del títere llamado... Somerset. Nosotros nos encargaremos de Cartwell, que es quien mueve los hilos.

Todos asintieron. Todas, menos el coronel Voriachev, que

parecía seguir estando reconcentrado en sí mismo.

CAPÍTULO III

Después de comer un estofado de carne que encontró muy graso, Larry decidió respetar los cánones del buen turista en Moscú, y se fue a visitar la Plaza Roja con mausoleo de Lenin incluido. A esa hora, tuvo que hacer poco tiempo de cola. La visión de la momia no le impresionó en absoluto, pero tampoco esperaba impresionarse. Lo que esperaba era que pasara el tiempo hasta que fuera la hora de ir al edificio del COMECON.

No nevaba, pero el frío era muy intenso. En un salón de té de las cercanías, pidió un grog, lo que de inmediato le puso en forma. Y ya eran las cuatro y veinte, por lo que, sin pedir ayuda a nadie porque tenía facilidad para orientarse en ciudades desconocidas, rodeó las murallas del Kremlin —cuya visita dejó supeditada a la marcha de los acontecimientos—, y tras cruzar un par de calles, alcanzó la ya bien conocida Avenida Kalinin.

Viktor Ivachenko, su discreta sombra, se sintió invadido de una nueva excitación cuando comprendió que su «cliente» no iba al Hotel *Ukrania*, sino que, simulando muy mal desinteresarse por el edificio, no hacía más que echar miradas a las puertas del COMECON.

Y por fin salió la chica que Larry esperaba.

«No le ha ocurrido nada malo», fue lo primero que pensó. Lo segundo, que ella sabía hacer bien las cosas. En tanto todas las chicas jóvenes salían en grupo, ella venía sola Y, aunque Larry se puso en lugar bien visible, la chica simulaba no reconocerlo en absoluto. Así que se decidió a tomar la iniciativa.

—Oye, soy yo.

Como se había puesto ante ella, la chica no tuvo más remedio que detenerse bruscamente.

—Oiga, déjeme...

—¿No entiendes? Soy yo, «Extranjero tenía que ser» —agregó en voz muy baja, y acercando mucho su boca a la oreja de la chica.

Por fin ella dio señales de reconocerlo.

—Ah, ya. El bruto que casi me tira al suelo esta mañana.

No era la respuesta que Larry esperaba, pero no se inmutó.

—Sí, y es mejor no perder más tiempo —susurró.

Ella de la indiferencia pasó al fastidio.

—Oiga, no sé qué es lo que usted quiere decir...

El, interpretando mal el sentido de sus palabras, se ofendió.

—¿Quieres decir que no hablo bien el ruso?

—Quiero decir que, si ha venido a Moscú en busca de diversión, se busque otra.

Y esquivando a Larry, siguió su camino a paso ligero. Durante un segundo, él quedó indeciso mirándola. Pero descubrió que ella tenía una deliciosa figura que el abrigo no podía ocultar, y hasta una rubia «cola de caballo» a la que siempre había sido muy sensible. No entendía nada de lo que estaba ocurriendo, pero decidió seguir adelante.

La alcanzó al comienzo del puente.

—Creo que no nos hemos entendido...

Ella siguió andando sin darse por aludida. Para Larry, ella estaba dejando de ser la espía que quería «pasarse», para convertirse en una rubia adorable a la que no podía dejar escapar. Dio un giro de ciento ochenta grados.

—Perdóneme, señorita, creo que he cometido un imperdonable error.

Ella siguió caminando, pero a él le pareció que disminuía algo su ritmo de marcha. Se animó.

—Permítame que me presente. Mi nombre es... Bueno, todo el mundo me conoce por Larry. Y mi apellido, Somerset. Soy licenciado en Filología Inglesa... Debí empezar por decir que soy británico y hablo el ruso porque... Bueno, soy un admirador de la literatura de su país.

Entre el frío, la presurosa marcha y su verborrea. Larry estaba jadeando y con sus mejillas rojas. Consciente de todo ello, se sintió casi avergonzado de sí mismo. No estaba a la altura de sus antecedentes. «Y todo por una simple rusa», dijo el chauvinista que todo británico lleva dentro, pero él acalló esa nefasta voz porque

acababa de descubrir que ella tenía los ojos celestes. Y lo había descubierto porque ella le estaba mirando.

—A mí todos me llaman Larissa, Y mi apellido es Serenova —dijo de repente la chica, con una sonrisa que Larry no vaciló en calificarla como «adorable».

Fascinado por esa sonrisa, casi pasó por alto el hecho de que la chica había hablado en inglés.

—¡Habla inglés! —se asombró, al reaccionar—. Eso es fantástico.

—Supongo que más lo es que usted hable ruso. Aquí el inglés es el segundo idioma.

—También lo es el ruso en Inglaterra.

No estaba en absoluto seguro de que lo fuera, pero quiso ser cortés.

Pasaban frente al *Ukrania* y Larry vio su oportunidad.

—Yo vivo en este hotel —dijo, señalándolo—. Entremos a beber una copa.

Ella le lanzó lo que los literatos llaman «una significativa mirada». Interpretándola correctamente —y empezando a sentirse como en sus buenos momentos—, él sonrió en gesto de confusión y disculpa.

—Creo que me has interpretado mal. Me refería a beber una copa en el bar del hotel.

Con una sonrisa aún más adorable que la anterior. Larissa expresó su aceptación.

* * *

—¿Boris?

—Sí.

—Soy Viktor.

—Dime.

—Oye, hay novedades. El inglés, después de visitar el mausoleo de Lenin y esas cosas, se fue hacia el COMECON, frente al cual llegó a las cinco. Intentó disimular que esperaba... ¿Me has oído bien? Intentó disimular.

—Sí, sí, te he oído. No soy sordo. Sigue.

—Cuando salió la chica... Por cierto, ¿ya sabéis su nombre?

—Oye, ¿es que te has «tragado» lo que cuenta la propaganda

Occidental acerca de la lentitud soviética? Claro que sabemos su nombre: Lara Serenova, veinticuatro años, economista...

—Bueno, bueno, déjame a mí. Cuando se encontraron, ella trató de esquivarlo. Él le habló al oído, pero ella... ¿Cómo dijiste que se llama?

—Lara Serenova. Oye, en esta profesión, además de otras cosas, se necesita tener buena memoria.

—Ya me iré ejercitando. Si se llama Lara, todos la llamarán Larissa, así que también yo la llamaré así. Sigo. Cuando él le habló al oído a ella no pareció gustarle lo que oía porque le habló en tono duro. Quiero decir que yo no pude oír lo que dijo, pero vi el gesto de su cara...

—Sí, sí, ya sé lo que quieres decir. Sigue de una vez.

—Chico, me parece que eres tú quien se ha «tragado» la propaganda occidental sobre la rudeza soviética.

—Mejor que nos crean rudos, así nos tendrán miedo.

—Pero entre nosotros... En fin, sigo. Hubo un brevísimo cambio de frases, ella dijo la última y se fue, al parecer muy indignada. El dudó un instante...

—Debe ser otro «filósofo» como tú.

—Pero con más suerte, porque yo estoy congelándome en una cabina de la Kutuzov, en tanto él está en el *Ukrania* con Larissa.

Hubo un brevísimo silencio del otro lado de la línea y después Boris habló con muy distinta voz.

—¿Quieres decir que ella entró con él en el hotel?

—Creo que eso es lo que dije, ¿no? —aprovechó Viktor para vengarse de las reiteradas burlas del otro.

—Oye, sigue alerta. Voy a informarme en seguida de esto. Como la tal Larissa, economista y funcionaria del COMECON, no es probable que sea una furcia, aquí puede haber algo.

—Supongo que puede haberlo. Pero, oye, yo llevo ocho horas...

—Un buen agente nunca se queja del trabajo. De todos modos, no te inquietes, nunca dejamos a los agentes más de veinticuatro horas sin relevo.

—¡Ojalá que te...!

Boris cortó la comunicación.

El general Zhilov estaba revisando unos papeles cuando su ayudante Goriev solicitó permiso para entrar.

—Hable, Goriev.

—Más información sobre el inglés, señor.

—¿Cartwell?

—Cartwell, de momento, sigue en la *Exposición de Máquinas y Herramientas*, señor.

—No me sorprende. El siempre «trabaja» de noche. ¿De qué inglés...?

—Somerset, señor. El filólogo que habla ruso.

—Ah, sí. El títere. ¿Qué hay con él?

—Volvió a contactar con la funcionaría del COMECON, señor. Parece ser que ella empezó negándose a los requerimientos de él, pero terminó entrando en su compañía en el Hotel *Ukrania*.

El general no demostró excesivo interés por la información, aunque preguntó:

—¿Se ha investigado a la funcionaría?

—Por supuesto, señor —el ayudante consultó un bloc—. Su nombre es Lara Serenova, veinticuatro años...

—Ahórrese los detalles inútiles.

—Sí, señor. Es economista, adscrita al Departamento de Grandes Planes, y no hay puntos negros en su *dossier*. Ha sido Pionera y después tuvo activa participación en el *Konsomol*. Actualmente ha solicitado ser admitida en el Partido, contando con el entusiasta aval de sus jefes. Su abuelo paterno fue revolucionario y miembro del Partido desde 1917, aunque tuvo problemas con Stalin y fue deportado durante varios años a Siberia...

—... Acusado de desviacionista.

El ayudante miró sorprendido al general.

—¿Ya conocía la historia, señor? —preguntó.

Zhilov negó con la cabeza, impaciente.

—No, Goriev, no —dijo—. Ya debería saber usted que todo el que fue revolucionario de Octubre tuvo problemas con Stalin y fue deportado a Siberia acusado de desviacionismo. Si la acusación hubiera sido de trotskismo no lo hubieran deportado...

—Comprendo, señor. Bien, continuando con Lara Serenova...

Zhilov hizo un gesto de detención.

—Ya está bien, Goriev. Gracias. Naturalmente, que sigan

vigilando al títere. Desde luego, no descarto que algo pueda haber ahí, pero no es eso lo que hoy me interesa. El títere ha cometido demasiados errores en un solo día para ser tomado en serio. Repito que no descarto que pueda haber algo, pero desde luego, no lo que nos interesa, que es saber por qué y para qué está en Moscú Cartwell —con relativo interés miró a su ayudante—. ¿Tiene esa Serenova acceso a información estratégica? —preguntó.

A Goriev le satisfizo la pregunta porque había cubierto ese flanco.

—Lo he averiguado personalmente, señor. La funcionaría tiene acceso a todo tipo de información sobre planes quinquenales soviéticos y de todos los países del COMECON, tanto actuales como futuros y pasados. También puede requerir información sobre estado de cumplimiento de...

—He dicho información estratégica. Alto secreto, Goriev.

—Entiendo, señor. No, no tiene acceso a ese tipo de información.

Su jefe hizo un gesto de satisfacción suficiencia.

—¿Lo ves? —dijo—. No sé por qué ese inglés está con la Serenova, y ya lo averiguarán ustedes. Pero estoy seguro que no se trata de algo importante, si es que se trata de algo. Hasta que no se me demuestre lo contrario, y estoy seguro que no se me demostrará, sigo afirmando que ese filólogo no es más que un cabo que nos ha echado Gardner-Brown para que dejemos trabajar tranquilo a su querido Cartwell. Y eso es lo que no vamos a hacer. ¿Lo tienen bien cubierto?

—Nachov y Kurievsky están asignados a él. Son los mejores.

El jefe no disimuló un gesto de impaciencia.

—También en Praga habían asignado a él los dos «mejores» —dijo—. Y Cartwell se deshizo de ellos como quien se sacude una mosca.

Goriev iba a decir algo, pero se mantuvo en silencio. Zhilov lo interpretó correctamente.

—Sí, tiene razón. Moscú no es Praga —admitió.

* * *

—¿Qué ocurre?

—Novedades sobre Somerset, el filólogo británico.

—Ah, sí. Dígame.

—Contactó nuevamente con la funcionaria del COMECON, cuyo nombre es Lara Serenova, economista, sin acceso a altos secretos con historial limpio. Ella le rechazó en principio y llegó a irse dejándolo plantado, pero él la siguió.

Hablaron brevemente y entraron juntos en el Hotel *Ukrania*.

—Vaya, los acontecimientos se precipitan.

—Parece que sí. Fueron directamente al bar de la planta principal y allí están todavía. Él bebe *whisky* y ella té con pastas. Se ha podido oírles decir a él, y en voz casi alta, «yo vine a Moscú en busca de una chica y esa chica tienes que ser tú».

—Exacto...

—¿Cómo, camarada?

—Digo que todo empieza a encajar perfectamente en el esquema mental que yo me hice desde el primer momento. El burocrático y rutinario, además de mediocre, Zhilov, cree que Somerset es el cebo que manda Gardner-Brown para que descuidemos a Cartwell. Y se basa en las torpezas que comete continuamente el filólogo...

—En realidad, las comete.

—Por supuesto que sí. Y eso es lo que me hizo sospechar desde un principio. Los británicos tienen agentes excelentes, y Cartwell es uno de ellos, sin duda; tienen agentes buenos, y los tienen regulares. Pero no tienen agentes malos. Y mucho menos para enviarlos a Moscú.

—Empiezo a entender, camarada. Lo que usted quiere decir...

—Es que ese Somerset no es un agente malo, ni regular. Es un agente excelente. Por eso no se limita a cometer algunas torpezas, sino que las comete una detrás de otra para que nosotros creamos que es malo. Esta vez Gardner-Brown ha hecho una buena jugada. Ha enviado a un presunto «tonto» como presunta tapadera de Cartwell, cuando, en realidad, es Cartwell la tapadera de Somerset.

—Nunca los británicos han hecho una cosa así...

—Y por eso la hacen ahora. Porque especulan (y tienen razón para hacerlo) con nuestra falta de imaginación, con nuestra rutina, pero todo eso se ha acabado. Somerset viene a investigar las muertes de los agentes británicos. Para tal misión, y en Moscú, no es de extrañar que los británicos hayan seleccionado al mejor de sus agentes. Alguien tan bueno que nuestros competentes servicios ni

siquiera conocían. Si tuviera alguna duda de la necesidad de actuar directamente como lo estamos haciendo, esto la disiparía.

—Pero no entiendo el porqué de su contacto. Ya le he dicho que Lara Serenova no tiene acceso ni siquiera a la información secreta del COMECON. Mucho menos puede tenerla a la de la KGB. Si Somerset ha venido por las muertes...

—Nos hemos acostumbrado a no pensar y eso es lo que nos pone en desventaja con los capitalistas. Sólo pensamos cuando jugamos al ajedrez, nunca en horas de servicio. Haga usted ahora un esfuerzo, y piense. Llega un agente británico jugando a hacerse ver, ¿cree usted que se entrevistaría con un funcionario o funcionaría de la KGB o del Soviet Supremo?

—No, pero...

—Lo que haría sería entrevistarse con alguien que no pueda despertar la menor sospecha. Y, por supuesto, a la vista de la docena de agentes que, él mejor que nadie lo sabe, le están siguiendo.

—Sí, esto lo entiendo. Pero sigo sin comprender qué podrá sacar de esa chica.

—Mentalicémonos de que ésta es una operación magistralmente planeada por los británicos. Esa chica... ¿cómo se llama?

—Lara Serenova.

—Bien, esa Lara Serenova, a quien Zhilov se apresurará a descartar porque «no tiene acceso a información estratégica», puede o no ser importante. Incluso puede ser la tapadera de otra tapadera. Sin embargo, yo me inclino a creer que es importante. Que es un contacto. Mejor dicho, que es el contacto. La que va a transmitir a Somerset (si es que ya no lo ha hecho) la información que ha venido a buscar a Moscú.

—Tengo dos hombres tras ellos. Uno está sentado en la mesa vecina de la pareja. Mi otro hombre me ha dicho que cree poder escuchar todo lo que dicen.

—Magnifico. Tenga preparado a otro hombre por lo menos, ya que habrá que seguir a los dos cuando se separen.

—Sí, camarada. Ya lo había previsto. Y... ¿qué hacemos con ellos?

—Antes de decidir lo que haremos, aunque supongo que hay un solo final para la Serenova y el británico, tenemos que tener la

certeza de que es ella el contacto.

—Eso significa darles tiempo...

—Sí, pero sólo veinticuatro horas, porque estoy seguro que Somerset actuará rápidamente. ¿De cuánto es su visa?

—Siete días.

—¿Lo ve? Ha venido a buscar información, sabiendo que la iba a encontrar y dónde tenía que buscarla. Sí, les daremos veinticuatro horas más, por si Somerset contacta con otro, Pero, si todo es como yo imagino, Somerset volverá a encontrarse mañana a las cinco de la tarde con Lara Serenova, a las puertas del edificio del COMECON. Y él hará tiempo hasta ese momento visitando el Kremlin.

Unos golpes sonaron a la puerta.

—¡Pase!

—Camarada, más información sobre Somerset, el agente británico.

—Sí, dígame.

—Acaba de llamar Cherlensko. Somerset y Lara Serenova acaban de despedirse a la puerta de la casa de ella. Vive a diez minutos del Hotel *Ukrania*, en...

—Deje esos detalles para el informe. Quiero saber de qué hablaron en el bar del hotel.

—Sólo de temas triviales, camarada. Habló casi siempre él. De literatura, cine, modas... Y, especialmente, alardeó de sus conquistas femeninas. A ella parecía hacerle mucha gracia lo que él decía.

—¿Quedaron en algo?

—Sí, señor. En verse mañana a las cinco, frente al edificio del COMECON. Somerset dijo que haría tiempo hasta verla visitando el Kremlin.

—¿Actuamos ya?

—No. Este hombre es habilísimo y se adelanta incluso a nuestros pensamientos. Que no se le pierda de vista ni un segundo. Si no tiene otro contacto, mañana actúen. La solución final es una sola para los dos, pero antes quiero... hablar con ellos.

—Entendido, camarada.

CAPÍTULO IV

Cartwell sabía que sus posibilidades de éxito en la difícil misión que le habían encomendado eran muy limitadas. No es lo mismo Moscú que La Habana o Sofía. Y, por si fuera poco, el asunto de los asesinatos era confuso, oscuro. Nada tenía que ver con el tipo de misión al que estaba acostumbrado. «Pasar» a un desertor, conseguir información ultra secreta, todo eso era arriesgado, difícil, pero entendible. Este caso, no.

Después de más de una docena de años en el Servicio, y siempre actuando en la esfera soviética, él conocía tan bien a la KGB como ésta conocía al MI 5. Y sabía que asesinar agentes no era lo suyo.

Pero enterrados estaban los tres cadáveres, y los pocos indicios que se habían podido reunir apuntaban inequívocamente a Moscú, Así que había que actuar. Había que entrar de inmediato en contacto con Gorianov.

Había cenado con varios de sus compañeros de trabajo en el restaurante de la *Exposición de Máquinas Herramientas*, y después se fue al hotel en un taxi. Como todos los británicos participantes en la muestra, se alojaba en el *Hotel National*, antiguo pero todavía con algo de esplendor de la época en que era el mejor hotel de la Rusia zarista.

Claro que Cartwell no lo había elegido por el esplendor sino porque su condición de *demodé* lo hacía más discreto, menos conspicuo que el *Rossia*, mole gigantesca con reminiscencias del edificio de las Naciones Unidas, donde, especialmente en el bar situado sobre el inmenso vestíbulo, todo extranjero se encuentra con todos los extranjeros que visitan Moscú.

Por otra parte, el *National*, aunque está, Kitay-Gorod por medio, a dos o tres minutos de la Plaza Roja, no está frente a ella, lo que

también es conveniente cuando de desplazamientos discretos se trata.

Aunque Cartwell era demasiado profesional para hacerse ilusiones de pasar inadvertido. El haber entrado bajo nombre y profesión falsos, y tener una cobertura, no eran, en su opinión, más que nostálgicos homenajes a una forma de espionaje total y definitivamente muerta. Como aplicarse bigotes postizos o disfrazarse de carbonero.

Desde el comienzo de la guerra fría, en los últimos cuarenta, pero especialmente a partir de los misiles cubanos, el espionaje se había burocratizado en el aspecto humano y crecido hasta límites inimaginables en lo técnico. Ni los soviéticos ni los americanos iban a averiguar los secretos del otro enviando falibles seres humanos cuando contaban con infalibles satélites espías girando alrededor de la Tierra.

Y, sin embargo, aún había misiones como ésta, en la que el falible ser humano seguía siendo insustituible.

Después de haber cambiado sus ropas de trabajo por otras más convencionales, Cartwell volvió a salir, sin cuidarse de no ser visto por Nachov, a quien había detectado esa tarde, en la *Exposición*. Como ser seguido sólo por un agente soviético hubiera sido una ofensa a sus méritos, esperaba descubrir pronto al «segundo hombre». Necesitaba descubrirlo.

Como siempre, tenía un coche a su disposición, supuestamente asignado por los organizadores de la muestra industrial a sus técnicos. Conocía Moscú muy bien, lo suficientemente bien para conducir por la ciudad sin consultar la guía callejera.

Sin buscar a su —o sus— sombras, salió por la Avenida Serov, dejando a su derecha la Plaza Roja y a su izquierda por la Chernyshevsky y, antes del cruce con el Cinturón de Ronda, identificó sin lugar a dudas al menos uno de los coches —si en realidad eran más de uno que lo venían siguiendo. Era un coche soviético, naturalmente. La KGB no empleaba coches extranjeros. Esto favorecía las cosas a Larry porque el que él conducía era un Fiat, más ligero y maniobrable.

Cuando llegó a la Avenida Karl Marx decidió que tenía que deshacerse de su seguidor sin más demoras. El encuentro con Gorianov, su informante, tendría lugar en un punto determinado del

Parque Sokolniki y, aunque el parque es inmenso, una vez que entrara en él sería inútil desembarazarse del perseguidor.

Había poco tránsito a esa hora de la noche —nunca hay mucho por Moscú—, lo que dificultaba grandemente sus planes. Así que disminuyó la marcha al acercarse al monumento a Bauman, aunque permaneciendo en el carril central. Calculó exactamente el momento en que la luz del semáforo iba a ponerse en rojo, y viró a gran velocidad a la derecha... sólo para descubrir que su perseguidor no era tan tonto. Seguía tras él.

Al cruzar a gran velocidad el puente sobre el Yauza y ver las negras sombras de los árboles del Parque Golovin, decidió meterse en él. Por supuesto, siendo veinte veces menor que el Sokolniki, no ofrecía tantas posibilidades de escabullirse, pero, si lo lograba, podía confundir a sus seguidores con respecto a su verdadero lugar de encuentro.

Simuló la intención de seguir por la Krasnokazarmennaya, hasta llegar a metros de la entrada del parque, situada a su izquierda; en ese instante viró violentamente en dirección prohibida, cosa que no se atrevió a hacer el conductor del coche ruso, dada su no tan buena estabilidad. Satisfecho, salió del parque por la calle que bordea el Yauza, lo cruzó, desembocó en Lefortovo y allí aparcó junto a una acera, disimulado entre otros coches.

Era una seguridad adicional que nunca dejaba de lado. El que le seguía podía haberle descubierto sin él advertirlo, así que aparcaba tranquilamente, tras doblar una esquina, y allí se quedaba seis, ocho y hasta diez minutos. Si el perseguidor no aparecía, reemprendía la marcha, pero sin bajar la guardia en lo más mínimo.

Llegó hasta la calle Gastello y tomó por ella, hasta la Avenida Stromynka, por la que habría podido acceder de inmediato al Parque Sokolniki, pero, rizando el rizo, y tras comprobar en su reloj que aún faltaban siete minutos para la cita, dio un tremendo rodeo por Lefortovo y Oleny, hasta abordar el parque por la Avenida Poperechny, que lo cruza formando un semicírculo. En la intersección de ésta con la Luchevoy, el punto central del inmenso pulmón verde moscovita, a esa hora desierto, aparcó el coche y siguió andando hasta el lugar de la cita, distante unos cuatrocientos metros.

Siempre extremando precauciones, evitó los caminos,

prefiriendo atravesar las zonas boscosas, pletóricas de verde en verano, pero ahora masas de troncos y ramas que daban una escalofriante sensación de frío y soledad.

Varias veces durante el trayecto, Cartwell se detuvo, más para escuchar que para ver. Nada vio ni escuchó y eso le hizo sentirse razonablemente seguro, porque nada escapaba de sus entrenadísimos ojos y oídos.

Junto a la linde de los árboles, y teniendo a la vista el pequeño cenador donde se realizaría el encuentro, volvió a detenerse, observándolo todo. Algunos de los novatos del servicio se reían de sus precauciones, pero sólo hasta que los veteranos les explicaban que era gracias a ellas que seguía estando vivo.

Una figura, apenas una sombra enfundada en un grueso abrigo que estaba sentada en el interior del cenador, se levantó y salió lentamente al exterior, mientras encendía un cigarrillo con una cerilla a la que sopló y arrojó por detrás del hombro izquierdo.

Era el ritual convenido. Cartwell salió de la protección de los árboles y se acercó a Gorianov.

—He llegado tres minutos tarde porque...

—Hola, Cartwell.

El inglés quedó petrificado. No era Gorianov quien le apuntaba con una pequeña pistola, sino su viejo conocido, el agente Nachov.

—Lo siento, colega —dijo el ruso con comprensible buen humor.

El otro siguió en silencio porque todavía intentaba salir de su asombro.

Dos hombres salidos de entre los árboles, del lado opuesto al que llegara Cartwell, se acercaron lentamente con las manos en los bolsillos. Nachov guardó la pistola.

—Perdona esta exhibición de armas —dijo—, pero es que en los tiempos que corren.

Cartwell, aún en ese momento, seguía siendo un profesional. Y sabía que de nada valían actitudes estúpidas.

—¿Hacia dónde? —preguntó, recuperada su flema británica.

—Tengo el coche aquí cerca —sonrió.

Ya en él, sentados los dos en el asiento de atrás como dos viejos amigos, Nachov se mostró locuaz.

—Como no te veré en mucho tiempo, quiero que sepas que a Gorianov lo teníamos controlado desde tu anterior visita a Moscú. Y

lo hubiéramos dejado así de no ser porque... Bueno, ya sabes, las cosas se han complicado últimamente.

—¿De qué se me acusa? —preguntó Cartwell, provocando la risa del otro.

—¿De verdad quieres saberlo? —preguntó Nachov cuando pudo controlar su hilaridad.

—Soy un ciudadano británico que está cumpliendo una función encomendada por su gobierno...

—Sí, eso ya lo sabemos. Pero el espionaje está muy mal visto en la Unión Soviética.

—Yo soy un técnico de la *Exposición de Máquinas Herramientas Británicas*...

—Y yo la Reina Victoria. ¿De verdad quieres saber de qué se te acusa?

—Por supuesto. Soy víctima de una detención ilegal.

—Pues se te acusa de un delito... Mejor dicho, de varios delitos, que son graves aquí y por los que se aplican penas de hasta quince años de cárcel.

—¿Qué delitos?

—Girar en dirección prohibida, saltarse varios semáforos, conducir a velocidad muy superior a la permitida. Y lo más grave.

—Nachov hizo una patética pausa, moviendo la cabeza en gesto, a la vez, de reprimenda y de compasión por el reo—; lo más grave —repitió—: ¡Conducir en estado de ebriedad!

Cartwell pegó un salto.

—¿Conducir en estado de ebriedad? —gritó—. ¡No he bebido una gota desde que bajé del avión!

Nachov negó lentamente con la cabeza, como doliéndose por la mentirosa humanidad.

—Yo mismo te tomé la prueba del alcohol —dijo con sentimiento—. Lo que ocurre es que estabas tan borracho que no recuerdas nada.

El inglés se hundió en su asiento, visiblemente decidido a no continuar la conversación. El ruso respetó su silencio, pero, cuando el coche se detuvo ante el *Hotel National*, dijo:

—Pero no padezcas. Dadas las buenas relaciones existentes entre tu país y la Unión Soviética, y nuestra infinita paciencia y todo lo demás, en lugar de los quince años que te tocarían, mi gobierno ha

decidido deportarte. Así que ve por tus cosas acompañado por mis hombres. Yo te espero aquí para acompañarte hasta el aeropuerto.

Mascullando maldiciones Cartwell se disponía a bajar, cuando agregó Nachov:

—Por supuesto, no podrás volver nunca a la Unión Soviética, porque si lo hicieras... En fin, no hablemos de muertes a estas horas de la noche.

* * *

—Perdóneme que lo llame a estas horas, general.

—Esperaba su llamada, Nachov. ¿Todo va bien?

—Sí, señor. Cartwell saldrá dentro de dos horas en un vuelo de Aeroflot. Naturalmente, yo lo acompañaré hasta el avión.

—Hágalo. Quiero estar seguro de que se ha ido. ¿Le dijo lo que le ocurriría si intentaba volver?

—Sí, señor.

—¿Opuso...? Quiero decir, ¿hubo problemas?

—En absoluto, señor. Dentro de su natural enfado, lo tomó muy bien.

—Me alegro. Y mucho más me alegro por habernos librado de él. Le felicito. Nachov. Cuando haya presentado su informe, tómese cinco días de vacaciones.

—Muchas gracias, señor.

* * *

—Señor, lo he despertado...

—¿Qué ocurre?

—Cartwell está en Sheremetyevo. A punto de ser deportado.

—¡Excelente noticia! —Imaginé que le agradaría saberlo.

—Por supuesto. Esto da por cerrado el caso oficialmente. Lo que nos permitirá trabajar con las manos libres.

—Sí, señor. ¿Algún cambio en sus órdenes, señor?

—Esto acelera las cosas, naturalmente. ¿Alguna novedad, con relación a Somerset?

—No. Está durmiendo en su habitación.

—¿Recibió alguna visita? ¿De alguna manera puso haber sido advertido de lo ocurrido con Cartwell?

—Es imposible, señor. No ha recibido visitas ni llamadas telefónicas.

—Naturalmente, es lo que se esperaría de él. Nada que nos permita adivinar su importancia. Ninguna comunicación, incluso en situaciones como ésta. Es un hombre extremadamente peligroso...

—Sí, señor.

—Es imprescindible que mañana los dos estén en nuestro poder.

—Lo estarán, señor.

CAPÍTULO V

Aunque muy impresionado por los innegables encantos de Lara, Larry no había olvidado su misión. Después de la divertidísima, amabilísima charla del día anterior, se había convencido de que ella no era la que se iba a «pasar», así que había que seguir buscándola.

Así que esa mañana, segundo de su estancia en la capital soviética, salió a media mañana —madrugada para él— en dirección al Kremlin. Mientras desayunaba su café con leche con dos bollos, que es lo de rigor en la URSS, había decidido que la inmensa fortaleza era un lugar tan bueno como otro, si no mejor, para que la esquivada y misteriosa desencantada del comunismo se dejara ver.

Ya conocía el camino, así que no tuvo que hacer preguntas. Cruzó el puente de Novoarbastky, y se introdujo en la moderna y casi espectacular Avenida Kalinin —«la Kalinina», la llamaban los moscovitas—, contemplando distraídamente los inmensos edificios administrativos a su derecha y los no menos inmensos bloques de apartamentos a su izquierda. Menos distraídamente había contemplado minutos antes las ventanas del edificio del COMECON, pensando en la bella funcionaría que estaba tras una de ellas. Maquinalmente, iba silbando el «Tema de Lara».

Pronto se zambulló en la magnificencia del «más grande conjunto arquitectónico del mundo», según sostienen algunos exaltados guías. Primero la Plaza Roja, con el inmenso «hipermercado» estatal GUM frente a ella, y todo el conjunto de iglesias y callejas llamado Kitay-gorod, donde destaca la iglesia de la Trinidad. Y, por supuesto, San Basilio, con sus fantásticas cúpulas de distintos colores. Y, por fin, todo el Kremlin. La plaza de las Catedrales, con sus tres espléndidos edificios; La Torre de Iván el

Grande, con sus grajos; el Palacio de las Facetas, el Terem, el Museo...

Cuando Larry volvió a la realidad, descubrió sorprendido que eran las cuatro menos veinte y todo lo que había comido era un bocadillo, hartó escuálido, por cierto. Huyó del Kremlin.

Estaba hambriento y pensando que un hombre que está a punto de ganar nueve mil libras esterlinas y ya ha ganado mil puede permitirse ciertos lujos, decidió saciar su hambre en el bar del hotel *Rossia*, la faraónica construcción que contiene, además de todo lo imaginable, 6000 habitaciones.

Cuando pidió *bacon* con huevos fritos, el camarero lo miró sorprendido, pero no demasiado. Estaba acostumbrado a servir a extranjeros, por lo que nada podía sorprenderle demasiado.

Pendiente de la hora —ya eran las cuatro y veinte—. Larry no prestaba la menor atención al murmullo fuerte y permanente de voces que hablaban en inglés, francés y alemán a su alrededor, pero de pronto algo que oyó sin escuchar le puso en tensión. Y entonces sí escuchó.

—... Lo que te acabo de decir —afirmaba en la mesa vecina un hombre alto y de mediana edad, hablando en «norteamericano»—. Salió esta mañana, en un vuelo de Aeroflot.

—No tenía noticias de que Cartwell estuviera aquí.

—Había llegado antes de anoche. No le dieron mucho tiempo.

—¿Por qué estaba en Moscú?

—¡Chico, eso no lo dice *Izvestia*! La noticia me la dio el corresponsal de *Reuter* hace una hora. Lo acusaron de conducir en estado de ebriedad...

—Eso tiene gracias. Repito, ¿por qué habría venido a Moscú?

—Supongo que por los asesinatos.

—¿Y está en Moscú la clave de los asesinatos?

—Si Cartwell lo creía... Pero ya no podrá averiguarlo.

Larry pasó y se fue. El mayor Wellright, al explicarle su misión, había sido muy parco, pero le había mencionado el hecho de que otro agente llamado Cartwell estaría en Moscú simultáneamente, investigando los asesinatos de tres agentes británicos. El enterarse ahora de que ese tal Cartwell había sido deportado, le hizo sentir un frío extraño, que nada tenía que ver con los 19 grados bajo cero del exterior.

Aunque nada tuviera que ver con él, el haberse enterado de lo ocurrido con su compatriota le hacía sentirse extrañamente desprotegido. Solo.

Por primera vez, miró instintivamente a su alrededor, temiendo ser vigilado.

Ivachenko, que bebía una taza de té en la barra, volvió la cabeza rápidamente.

Cherlenski, de pie junto a una columna, siguió fumando impasible.

* * *

A las cinco y tres minutos, según pudo comprobar Larry en su enésima mirada al reloj, Larissa hizo su aparición por una de las puertas, saludándolo con la mano.

—Creí que no llegarías nunca.

—Pues he venido corriendo desde mi despacho, en el piso noveno.

—¿Por las escaleras?

Ella se echó a reír y su delicado rostro eslavo, enmarcado por sus cabellos rubios, pareció iluminarse y desplazar la niebla que convertía en gris la blancura de la nieve.

—No, por el ascensor —aclaró, agregando, tras colgarse del brazo de Larry—: ¿Dónde piensas llevarme hoy?

—A donde tú quieras, siempre que no sea el Kremlin.

—¿No te ha gustado?

—Me ha gustado demasiado. Hasta me olvidé de comer por su culpa. Pero ya tengo bastante por hoy. Decide tú donde iremos.

—Si fuera verano, te diría ir a *Serebriani Bor*.

—¿El Bosque de Plata?

—Sí. Allí muchos de tus compatriotas occidentales de las embajadas tienen sus *dachas*. Es un lugar hermoso y está muy cerca de aquí, no bien cruzar el Movska. Allí iba yo con mis padres, cuando era niña. Y jugaba...

—Mientras tu padre o tu madre, o los dos juntos, recitaban poesías de Pasternak.

Ella se echó a reír una vez más. Echaba la cabeza atrás cuando reía.

—¿Lo dices porque me pusieron de nombre Lara?

—Naturalmente.

—Pues te equivocas, como todos. Me lo pusieron porque así se llamaba mi abuela paterna.

—Es un hermoso nombre y te va de maravilla.

La risa que aún agitaba el rostro de la chica se convirtió en sonrisa y los ojos azules se alzaron hacia Larry.

—Es una pena que seas extranjero —dijo inesperadamente.

—¿Por qué? —se sorprendió él.

Ahora ella miraba al frente. Maquinalmente, habían comenzado a caminar en dirección al centro de Moscú, y estaban entrando en la Kalinina.

—Porque creo que podría llegar a enamorarme de ti —murmuró.

—Creo que yo también podría llegar a enamorarme de ti —dijo él.

Y, por primera vez en su vida, era sincero.

Volvió a la realidad.

—¿Qué tiene que ver eso con el hecho de que yo sea extranjero? —preguntó.

Larissa hizo un gesto de resignación.

—Que lo preguntes es la mejor confirmación de lo mucho que tiene que ver —dijo—. Los rusos hemos ganado mucho, muchísimo, pero para ganarlo hemos tenido que renunciar a otras cosas. A casarnos con extranjeros, por ejemplo.

Con cierta incongruencia, justo en ese instante a Larry se le ocurrió pensar en su misión. Por perderse en un universo personal con Lara, ¿estaba estafando a su gobierno? ¿Traicionando a Occidente? En alguna parte, quizá muy cerca de él —instintivamente miró a su alrededor—, ¿una mujer trataría inútilmente de atraer su atención para transmitirle importantísimos secretos e, incluso, salvar su vida?

¿Pero dónde puñetas estaba esa mujer?

—¿Qué te ocurre?

—¿Eh?

Larissa lo miraba preocupada.

—De repente dejaste de escucharme y estás crispado...

Por un instante Larry se sintió tentado de confiarse a Lara, pero de inmediato comprendió la monstruosidad que sería hacerlo. No

porque temiera que ella lo traicionaría, eso estaba fuera de cuestión, pero sí porque le pondría en peligro incluso de muerte.

—No me ocurre nada —se evadió—. Sólo que estaba pensando en Chejov.

—¿En Chejov?

—Sí, ¿no recuerdas que ayer te dije que había venido a Moscú para hacer un repaso sobre su obra *in situ*?

—Y por mi culpa...

—Por tu culpa, no. Por culpa del Kremlin. Pero te prometo que, a partir de mañana, me dedicaré a Chejov de nueve a cinco.

—¿Y de cinco en adelante...?

De un coche que había aparcado con gran ruido de frenos junto a la acera saltaron dos hombres.

—Acompañennos —ordenó uno de ellos a la pareja, mostrando una tarjeta.

—Oiga —protestó Larry—, yo soy extranjero, y esta señorita...

—Ya sabemos quiénes son ustedes. Y tienen que acompañarnos.

—Tendremos que ir con ellos —murmuró Larissa.

Pero Larry decidió otra cosa muy distinta. Podían estos policías haber descubierto su verdadera identidad, o tratarse de un control de rutina, pero, fuera como fuera, él tenía una misión que cumplir. El tipo había dicho que sabía quién era él, pero podía estar mintiendo. Tenía que impedir que lo detuvieran.

—Escuche —dijo para ganar tiempo—, ¿esto se trata de un control de extranjeros?

—Ya se lo dirán en la comisaría. Suban al coche.

—Porque esta señorita no es extranjera. No tienen que molestarla a ella.

Aunque los tipos seguían guardando las formas, tal vez porque mucha de la gente que transitaba por la ancha acera disminuía la marcha para enterarse de lo que estaba ocurriendo era evidente que los dos estaban perdiendo la paciencia.

Entonces ocurrió algo insólito.

Un joven alto y flaco, con aspecto y gafas de intelectual, se desprendió de la corriente de transeúntes y se encaró con los policías.

—Ustedes no pueden detener a estas personas —les dijo.

Los interpelados quedaron tan estupefactos, que Larry vio

llegada su oportunidad.

* * *

Viktor Ivachenko, a sus veinticuatro años, sólo tenía tres amores: su mujer, Irina, con la que se había casado seis meses antes: la filosofía, y el comunismo. Pero, si le hubieran pedido que los pusiera por orden de importancia, sin vacilar habría puesto al comunismo primero. Y su mujer no se habría ofendido ni, mucho menos, sorprendido.

Estaba orgulloso de las realizaciones del comunismo en la Unión Soviética y su mayor sueño era contribuir al engrandecimiento de su patria y a la difusión del comunismo en el mundo. Sinceramente, compadecía a los que, no teniendo la suerte que tuviera él, habían nacido y vivían en los países capitalistas.

Siendo un comunista convencido, era un militante disciplinado. Dos años antes, a una edad inusualmente joven, había sido admitido en el Partido, y el día que se le entregó el carnet fue uno de los más felices de su vida.

Por eso, cuando Bashunin, su viejo profesor, le invitó a integrarse en los servicios de contraespionaje (con gran sorpresa por su parte, ya que creía al profesor inmerso en sus investigaciones filosóficas), aceptó de inmediato. Igual que hubiera aceptado de invitársele a adoctrinar en Kenia, o a cortar caña de azúcar en Cuba. Todas eran formas de contribuir al triunfo del comunismo.

Seguir al filólogo británico era su segundo trabajo en la calle. Se había decidido a cumplir las órdenes al pie de la letra, como durante toda su vida había hecho.

Y las órdenes eran bien claras y provenían de las más altas autoridades de la KGB: No perder de vista a Somerset bajo ningún concepto, pero también bajo ningún concepto interferir en sus movimientos. Sus jefes le habían explicado que el inglés no era más que una burda cobertura para Cartwell, pero cabía dentro de lo posible que alguien complicado en lo que Cartwell había ido a investigar decidiera entrar en contacto con Somerset al haber sido deportado el verdadero agente.

Lo que no le dijeron era que lo habían deportado con tanta prisa precisamente para forzar a quienes fuera a salir de la oscuridad. Ni en Moscú podía estar segura la KGB de que Cartwell no se les

escabulliría, en cambio el tonto de Somerset era una garantía. Pero él no tenía que saber que era seguido y había que garantizarle la más amplia libertad de movimientos.

Cuando Ivachenko vio a los dos tipos bajar del coche y encararse con la pareja pensó que se trataría de un control de documentación, infrecuente pero no imposible, y se mantuvo al margen. Pero pronto comprendió que el objeto era llevarse con ellos a Somerset y eso ya le incumbía directamente.

No pensó en quiénes serían los del coche. Podían ser de diez servicios distintos y no dejaría de plantear una sugerencia en tal sentido cuando correspondiera hacerlo. Sería conveniente reducir los servicios de contraespionaje o, por lo menos, actuar más sincronizadamente.

Pero en ese instante lo único que podía hacer era lo que se disponía a hacer: Impedir la detención a toda costa. Sus órdenes eran garantizar la libertad de movimientos de Somerset. Y sus órdenes procedían del mismísimo general Zhilov.

Cuando el desconocido chico con gafas dijo a los del coche «Ustedes no pueden detener a estas personas», y les mostró un carnet, Larry no dudó. Tenía que escapar porque tenía una misión que cumplir.

—Ven... —empezó a decir a Larissa, mientras los del coche salían de su estupefacción y se encaraban con el recién llegado.

Pero se detuvo de inmediato. Había estado a punto de cometer una locura peor aún que la de hablarle de su misión. Eso era Rusia y Larissa una ciudadana de la Unión Soviética. A él, si lo descubrían, lo deportarían como a Cartwell o, en el peor de los casos iría a la cárcel y, unos meses más tarde, lo canjearían por un agente comunista, pero a ella... Se negó a pensar lo que podría ocurrirle, si él cometía la locura de hacerla escapar. En cambio, nada podrían hacerle por haber salido con él un par de veces, ya que él nada le había contado y, por lo tanto, ella nada sabía. La interrogarían un par de veces, todo lo más, y después la dejarían tranquila.

Mientras los tres hombres seguían discutiendo, ella le estaba mirando.

—Adiós —susurró a su oído, y comenzó a alejarse sin correr.

—¡Eh, que escapa! —gritó uno de los del coche.

Pero el de las gafas se interpuso entre él y Larry. Éste, que había; oído el grito, empezó a correr, perdiéndose entre el gentío.

CAPÍTULO VI

Su primera reacción, a la que obedeció sin pensarlo más, fue ir a la Embajada Británica. Se le había dicho que no lo hiciera, pero suponía que eso lo dirían a todos para evitarse complicaciones innecesarias. Pero ésta era una real emergencia, que justificaba plenamente la acción.

Había memorizado muy bien la dirección de la Embajada, y hasta sabía en qué estación del magnífico metro moscovita tenía que bajarse. Caminando a paso normal, pero con sus cinco sentidos en tensión, llegó hasta la boca de metro más próxima, y media hora más tarde, llegaba a la puerta del lujoso edificio que alberga la representación diplomática del Reino Unido.

—¿Qué desea, señor?

El soldado plantado ante él impedía una rápida entrada.

—Deseo... —No era fácil decir lo que deseaba—. Quiero ver al embajador.

—Su excelencia no está aquí.

El tipo no se lo estaba poniendo fácil. Larry se preguntaba qué haría en un caso como ése un agente experto. No lo sabía, pero de lo que estaba seguro era de que no dirían al soldado de guardia: «Déjeme pasar, soy el agente secreto Equis Ocho Veinticuatro».

—Mire, estoy en un apuro y...

—Los súbditos británicos que se ven en apuros de dinero deben recurrir al consulado. Aunque mucho me temo...

—No se trata de dinero —bajó la voz—. Se trata de política.

—Ah, eso —dijo el soldado, sin demostrar sorpresa.

Pero reaccionó:

—¡Cabo de guardia!

El llamado salió de una caseta vecina a la puerta.

—¿Qué ocurre?

—Este señor, mi cabo. Dice que tiene problemas políticos.

—¿Es usted británico?

—Por supuesto que soy británico. —Larry empezaba a perder la paciencia.

—¿Tiene su pasaporte en regla?

—¡Sí, sí, sí! ¡Y también tengo a la KGB pisándome los talones!

El cabo, bajo y más bien gordo, le echó una calculadora mirada y decidió no cargar más responsabilidades sobre sus robustos hombros.

—Llamaré al oficial de guardia —dijo, pero sin invitar a Larry a pasar la verja.

El muchacho pasó los dos minutos que demoró en llegar el oficial mirando para todas partes en busca de agentes de la KGB ocultos tras los árboles desnudos que flanqueaban la calle, pero no pudo descubrir ninguno.

Por fin llegó el oficial que, a diferencia del cabo, era alto y flaco.

—¿Dice usted que tiene problemas políticos? —preguntó sin saludar.

—Sí. Me persigue la KGB.

—¿Por qué? ¿Tráfico de drogas, proxenetismo, homosexualidad? Entonces Larry estalló.

—¡Oiga, soy funcionario del gobierno de Su Majestad! Soy... —Iba a decir «un agente», pero le pareció desfasado—. Soy del MI Cinco —concluyó en un murmullo.

—¿Ah, sí? —comentó con afectada indiferencia el oficial—. No estaba informado de su llegada.

—¿No lo publicó el *Izvestia*?

Pero el oficial, aunque británico y con bigote rojizo, era inmune a la ironía.

—Muéstreme su tarjeta de identificación.

Larry se le quedó mirando.

—¿Quiere decir el pasaporte? —balbuceó.

—Quiero decir la tarjeta que lo identifica como funcionario del MI Cinco.

—Pero a mí no me dieron ninguna tarjeta.

—Dígame al menos la clave.

—¿Qué clave?

Con un gesto de fastidio, el oficial se dio media vuelta.

—Ya debería haber aprendido a reconocer a los bromistas, Parks —recriminó al cabo de guardia.

—¡Váyase de aquí antes que lo saque a patadas! —bramó el recriminado a Larry.

Que no tuvo más remedio que irse.

El oficial no fue al cuerpo de guardia, sino al edificio principal de la Embajada. Y, ya en su interior, directamente al despacho del embajador.

—Orden cumplida, señor.

El dueño de la casa, sentado tras su escritorio, y con dos consejeros de pie a su lado, sacudió lentamente la cabeza.

—Pobre diablo —dijo—. Mal porvenir le espera.

Todos asintieron con la cabeza. La escena era más bien fúnebre.

* * *

Viktor Ivachenko, muy nervioso, estaba por primera vez en su vida ante el poderoso y casi mítico general Zhilov.

—Y eso es todo, camarada general. Creí hacer lo que debía al facilitar la fuga al agente británico.

El jefe asintió levemente con la cabeza.

—Sí, Ivachenko, hizo lo que debía —dijo—. Ahora le diré lo que no sabe El británico hizo lo que yo esperaba que hiciera: corrió como un conejo asustado a su Embajada. Por supuesto, le negaron la entrada; los británicos no son tan tontos, saben muy bien que tenemos vigilado el edificio. Ahora el agente... —consultó un papel—. Kutsunov, le está siguiendo. Usted se pondrá en inmediato contacto con él, no bien él se comunique con nosotros, y reanudará el seguimiento del británico. Es un simple cebo, ya lo sabemos, pero puede ayudarnos a descubrir a los que estamos buscando con tanto ahínco —miró con interés a su envarado interlocutor—. Por cierto, ¿pudo usted reconocer a los que secuestraron a la camarada Lara Serenova? —preguntó.

—No, camarada general. Nunca los había visto.

—Bien, puede retirarse. Y no olvide que tenemos que facilitar todo lo posible los movimientos del británico. Todos mis hombres han recibido órdenes estrictas de no interferir en sus movimientos. Pero, eso sí, no le pierda de vista bajo ningún concepto. He

ordenado que asignen otros dos agentes al caso, pero usted es el responsable único.

—Sí, camarada general. Cumpliré al pie de la letra sus órdenes. Camarada general.

Viktor Ivachenko salió del despacho del gran jefe más nervioso de lo que estaba cuando entrara.

* * *

—El británico fue a la Embajada de su país y habló con el oficial de la guardia, pero le negaron la entrada, camarada.

—No cabe duda que los británicos saben hacer las cosas. Si el lugar de los Estados Unidos lo ocuparan ellos más difícil nos las veríamos. Esto de correr a refugiarse a la Embajada... por supuesto quiero decir simular correr, es un toque maestro. Saben que tenemos vigilado el lugar, y montaron el espectáculo especialmente para nosotros.

—¿Para hacernos creer que el británico no es un agente?

—No, no, más sutil que eso. Para hacernos creer que el británico es un agente inexperto, capaz de desobedecer la orden de no dejarse ver por la Embajada. Ellos esperan que la representación nos convenza de que este Somerset es un cebo y que debemos concentrarnos en la búsqueda de Cartwell...

—Cartwell fue deportado.

—Pero un agente secreto como él no renunciaría a su misión por haber sido deportado. Si fuera el único responsable de ella, intentaría por todos los medios colarse en nuestro territorio. Desde Finlandia, supongo. Y hasta puede que lo haga, lo que me convencería definitivamente de la genialidad de los británicos, dicho sea de pasada. Porque, ahora más que nunca, estoy convencido de que Somerset es el jefe de esta operación.

—¿Por encima de Cartwell?

—Los hechos lo demuestran. Cartwell se dejó coger. Casi vino a pedimos que lo cogiéramos, así dejábamos tranquilo al que realmente importa. Y el idiota de Zhilov, mandando sus mejores agentes a la frontera, para cazar a Cartwell, cayó en la trampa. Pero nosotros no vamos a caer en ella... Y creo que ha llegado el momento de acabar con Somerset. Ya se nos escapó una vez, no podemos volver a correr riesgos.

—Desde que apareció en la Embajada le tenemos estrechamente vigilado.

—Ya he sido informado de todo eso. Pero ahora mis órdenes son distintas: Cójalo y llévenlo a *Serebriani* de inmediato. Repito: Es demasiado hábil, demasiado peligroso, no quiero riesgos inútiles. Cójalo ya.

—Pero los agentes de Zhilov están tras él...

—Si es necesaria neutralicen a los agentes de Zhilov. De todos modos, lo que a ese idiota le preocupa es Cartwell y las fronteras.

* * *

Media hora antes había empezado a nevar y esto, aunque dificultaba aún más la marcha, era bueno porque, si Cartwell no podía ver más allá de un par de metros de su nariz, tampoco podían verle a él.

Y, sin embargo, el llamado Iván dio con él.

—Llevo horas esperándole.

—Hay espías de la KGB por todas partes.

—¿Cree que no lo sé? ¿Por qué ha elegido esta ruta, es la más difícil?

—Precisamente por eso. Lo he intentado hasta por el norte, por Zasheyek, y ha sido imposible. Así que decidí emplear la ruta de siempre, pero con esta variante.

Caminaron en silencio durante algo más de un minuto, con el ruso guiando al británico por el bosque de pinos alfombrado de nieve. Todo parecía igual y Cartwell se asombraba de que el llamado Iván pudiera orientarse en esa aparente infinita uniformidad. Por fin habló el guía.

—Aunque consiga dejarlo en Leningrado, ¿cree usted que podrá llegar hasta Moscú?

—Sin duda —afirmó Cartwell, con decisión—. Tengo un buen contacto en la ciudad y llevo conmigo los mejores papeles que he tenido en vida. Además, también por primera vez en mi vida, he aceptado que me alteren el rostro. Esta vez no me descubrirán.

De pronto, una oscuridad aún mayor se abrió ante ellos.

—El lago Ladoga —presentó el ruso.

—Lo he navegado varias veces.

—Espero que esta navegación sea tan tranquila como las

anteriores.

Oculto bajo un techo de ramas y hojas, apareció una motora. Era de fabricación occidental y no menos de treinta años de vida, pero aún desarrollaría considerable velocidad.

—¿No hará mucho ruido? —preguntó Cartwell.

El otro, que había saltado a bordo y empezaba a manipular el motor, se encogió de hombros.

—La navegación de vela es muy lenta —se limitó a decir.

En el silencio absoluto de la noche ruso-finlandesa el ruido del motor semejó el sonar de un millón de sistemas de alarma para los alterados nervios de Cartwell, pero pronto pudo darse cuenta de que el ruido no era tan fuerte. En realidad, era bien débil.

—¿Cómo lo consiguió? —preguntó el británico, señalando el motor, mientras la pequeña embarcación comenzaba a surcar las negras y profundas aguas del inmenso lago.

El aludido repitió su gesto de encogerse de hombros.

—Un sistema de silenciadores acoplados —explicó, agregando—: Me los proveyeron sus jefes.

Cartwell pensó que también podían haberle provisto de una lancha nueva, pero nada dijo.

Llevaban diez minutos de silenciosa navegación, cuando lo que pareció un deslumbrante rayo cayó sobre ellos, cegándolos.

—¡Maldita sea! —exclamó Iván, en ruso—. ¡Nos han descubierto!

El violento giro a estribor que imprimió al volante casi hizo caer de su asiento al británico, que intentaba abrir los ojos nuevamente.

Cuando lo consiguió pudo ver el ojo ciclópeo que los perseguía en la noche.

—¿Es más veloz que nosotros? —preguntó, tras colocarse junto a Iván.

—Desarrollan cuarenta nudos, los malditos. Ésta —adelantó la barbilla hacia el volante que empuñaba con ambas manos— llegaba a los treinta en sus buenos tiempos, pero ahora...

Le interrumpió el tableteo de una ametralladora. Momentáneamente el foco les había perdido, y las balas cayeron muy a babor.

—Antes preguntaban primero y disparaban después —comentó Cartwell.

—Esta vez no necesitan preguntar. Usted es el único que puede estar en esta lancha.

Por pura mala suerte, el foco asesino dio con ellos, y una ráfaga de balas fue a hundirse en las aguas sólo a un par de metros a babor. Con gran pericia, Iván imprimió a la embarcación un violento zigzag, que hizo que las balas siguientes cayeran más lejos.

Por un instante liberada de su prisión de luces, la luna iluminó la escena. Segundos más tarde volvió a ocultarse, pero su brevísima aparición sirvió para que los rusos reencontraran a los fugitivos y para que Cartwell descubriera que estaban regresando a la costa de la que partieran.

—¡Estamos volviendo! —protestó.

Sin abandonar su zigzag, que hacía dar peligrosos bandazos a la lancha, el ruso se volvió a mirarlo.

—No pretenderá seguir viaje a Leningrado —masculló.

—Tengo que llegar a Leningrado.

El otro negó con la cabeza.

—Yo lucho por una causa —dijo— y, como somos muy pocos los que luchamos, mi vida es demasiado valiosa para que pueda permitirme un suicidio. Agradezca a Dios que podamos llegar vivos a la costa.

—Bajara usted en ella, pero yo seguiré con la lancha. Debo llegar a Leningrado como sea.

—Nunca podrá llegar a Leningrado.

Como una inmediata confirmación de su profecía, una ráfaga de balas guiadas por el foco que sentían a sus espaldas, pasó unos centímetros por encima de sus cabezas. Los dos se agacharon instintivamente.

Pero tenían la patrullera pegada a sus talones. Los violentos virajes de Iván de nada servían ya.

La siguiente ráfaga dio de lleno en el motor, deteniéndolo.

La siguiente destrozó la cabeza de Iván.

Hubo aún otra más, y ésta se ensañó con el cuerpo de Anthony Cartwell.

A partir de ese instante, y definitivamente, la única esperanza de los Servicios Secretos británicos en la URSS era Larry.

CAPÍTULO VII

La primera reacción de Larry al intento de secuestro había sido ir a la Embajada de su país o, dicho en términos más crudos, esconderse. En suma, una reacción instintiva, casi irracional. La segunda fue más meditada.

Larissa.

El portazo que le dieran sus compatriotas —figurado, porque en realidad, la verja de la Embajada nunca se abrió para él—, lejos de acobardarlo lo había agrandado. ¿Le dejaban sólo para que se lo comieran los leones (los osos)? ¡Pues ya verían quién era él!

Le habían encomendado una misión, que consistía en entrar en contacto con una mujer que no parecía tener el menor interés en contactar con él, pero ahora había otra por cumplir. Larissa. Aunque seguía convencido de que nada podían haberle hecho los de la KGB —no tenía la menor duda que de ellos se trataba—, quería comprobar el buen estado de salud de la chica.

Lamentando no haber recibido el menor entrenamiento, recurrió a sus recuerdos cinematográficos para saber si era seguido. En las películas, los que siguen disimulan su tarea leyendo periódicos o encendiendo cigarrillos o mirando escaparates, pero la media docena de hombres y mujeres que transitaban tras él ni leían periódicos ni encendían cigarrillos y, en lo tocante a escaparates, no había ninguno en esa calle de legaciones extranjeras.

Tuvo que confesarse que seguía como antes, pero no se desanimó. Su objetivo era la casa de Larissa, cuya dirección conocía por habérsela dado ella, y tenía que llegar allí sin ser seguido.

Era difícil desembarazarse de seguidores que uno no conocía, pero en las películas resultaba más sencillo darles esquinazo en el metro y hacia la boca más próxima se dirigió.

La chica vivía en el distrito de Kuntsevo, muy cerca de la Avenida Kutuzov, pero Larry, siguiendo una inspiración del momento, cogió el tren en dirección contraria.

Ahora sin mirar a su alrededor, y fingiéndose un turista despreocupado, dejó el tren en la estación del Kremlin. Por supuesto, no fue él el único. Una masa compacta de seres humanos se desplazó desde el andén hacia las escaleras mecánicas, y después de atravesar los lujosísimos vestíbulos de cuento de hadas zaristas, se desparramó por salidas y amplios corredores que conectaban con otras líneas.

El muchacho subió y después bajó por media docena de escaleras mecánicas y de las otras, se confundió de tren y tuvo que regresar al punto en otro al punto de partida y por fin, después de convencerse a sí mismo que había despistado a sus posibles seguidores cogió el tren que le llevaría a Kuntsevo.

Y, en efecto, tantas marchas y contramarchas, pero especialmente tal multitud de gente que entorpecía y hasta imposibilitaban el paso, lograron que Kutsunov, el hombre de Zhilov que reemplazaba a Ivachenko, perdiera la pista de Larry.

Pero había otro hombre siguiéndole, un tal Cherlensko, y éste seguía pegado a sus talones.

* * *

El edificio donde vivía Lara era tan impersonal como todos los modernos de la ciudad pero, al menos, era moderno. Una pareja que se cruzó con él en el portal lo miró con curiosidad, pero nada dijo. Los moscovitas en particular, como todos los habitantes de la Unión Soviética en general, han aprendido desde mucho tiempo atrás que lo mejor es ver, oír y callar. Y mejor aún es callar y no ver ni oír.

Al nervioso timbrazo acudió una mujer de mediana edad, que lo miró con inquieta curiosidad.

—Señora, soy Larry Somerset, amigo de Larissa...

—Sí, me habló de usted. Soy su madre. Pero Larissa no está en casa.

—¿No ha vuelto?

—No, pensé que se habría encontrado con alguien después del trabajo. Tal vez con usted...

Hablaban en ruso, naturalmente, pero la mujer estaba ahora demasiado preocupada para sorprenderse por los conocimientos lingüísticos de su visitante. Y éste estaba sorprendido porque Larissa no había regresado a casa, pero mucho más aún porque la policía no hubiera avisado de su detención, o registrado la casa o hecho cualquier cosa.

—¿No se encontró con usted a la salida del trabajo? —Estaba preguntando la madre de Larissa.

—Sí... —Rápidamente decidió que de nada valía contar la verdad, la pobre mujer nada podía hacer, más que desesperarse—. No, no la vi. Habíamos quedado en vernos mañana, pero yo ahora... Bueno, pensé que tal vez le gustaría salir conmigo esta noche y por eso he venido.

—Sí, pero no está...

La preocupación impedía a la pobre mujer pensar por qué Larry no había llamado por teléfono antes de ir. Y el muchacho, sintiendo que un puño de hielo oprimía su corazón, decidió que nada más tenía que hacer ahí.

—Bueno, señora, me voy. Seguramente Larissa estará con algunos amigos. Llamaré más tarde.

—Sí...

* * *

—Camarada, el británico ha ido a casa de la muchacha. Le llamo...

—Escuche, Cherlensko, hay cambio de órdenes. ¿Hay por allí alguien de Zhilov?

—Había, pero el británico logró despistarlo en el metro.

—Me alegro. Y más aún que no se haya desembarazado también de usted.

—No es fácil conseguirlo.

—Lo sé. Y por eso lo he designado para esta misión. ¿Tiene controlada la salida del edificio?

—Perfectamente, camarada. Hablo desde una cabina situada casi enfrente y el portal está bien iluminado.

—Entonces le diré que Cartwell acaba de morir en el Lago Ladoga. Cruzó la frontera desde Finlandia.

—Tal como usted predijo.

—Sí, los británicos se están comportando exactamente como yo esperaba que lo hicieran. Pero esto empieza a preocuparme...

—¿Por qué, camarada?

—Sacrificar al que, se supone, es su mejor agente para desviar nuestra atención de este Somerset significa que saben más de lo que creíamos. Están sobre una buena pista y decididos a seguirla hasta el final. Si Somerset cuenta con más cómplices aquí, en Moscú, la situación puede ser más compleja, pero yo creo que actúa solo. Voy entendiendo su admirable estilo...

—¿Admirable, camarada?

—Admirable, precisamente porque parece todo lo contrario. Se necesitan años de entrenamiento para actuar como él lo hace. Pero no perdamos más tiempo. Le dije que había un cambio de órdenes.

—¿Sí?

—Reduzca a Somerset no bien salga del edificio, y llévelo a la *dacha*. Acabaremos con él, naturalmente, pero antes quiero interrogarlo. Esperen mi llegada.

—Entendido, camarada.

* * *

—¿Ivachenko?

—Sí.

—Soy Alexis. He perdido al británico.

—¡Maldita sea! ¿Dónde?

—En el metro. Había una multitud...

—Está bien. A cualquiera le puede pasar.

* * *

Larry salió del edificio preguntándose qué haría a continuación. Ya no le importaba su difusa misión ni su seguridad personal; sólo le interesaba Larissa.

No la habían liberado de inmediato, como él había supuesto, porque de haber sido así, se habría comunicado con su madre, sabiendo que allí acudiría él en su busca. Y hasta el hecho de que la policía, KGB, o lo que fuera, no se hubiera presentado en el apartamento aumentaba su inquietud, en lugar de disminuirla.

No esperaba que los soviéticos procediesen en materia policíaca

como lo harían los británicos, literalmente aplastada por él contra la pared. Bien, Larissa era lo único que importaba y a encontrarla tenía que consagrar sus esfuerzos, sobre esto no cabía duda ni discusión, pero ¿dónde estaba Larissa? Y, no menos importante, ¿qué podía hacer él, extranjero y perseguido por la KGB, en la capital moscovita del imperio soviético?

El inconfundible contacto del cañón de una pistola en su espalda y una dura voz que hablaba en ruso le dieron la respuesta.

—No haga el menor intento de resistir o escapar porque lo mato.

Por inercia, Larry siguió caminando, pero sin hacer ninguno de los intentos que acababan de prohibirle. No sentía el menor deseo de morir a los veinticinco años, y muchísimo menos después de haber conocido a Larissa.

—Siga caminando hacia ese coche.

Sin sorpresa, Larry comprobó que el coche era el mismo en que se llevaran a Larissa. Cuando menos, era de la misma marca, color y modelo.

A esas alturas, Larry todavía ignoraba que todos los coches de las fuerzas de seguridad son de la misma marca, color y modelo en la Unión Soviética.

—Entre.

Había un conductor ante el volante, que había abierto la puerta trasera para dejarlo entrar. Se sentó en el asiento posterior y su captor lo hizo junto a él.

Curiosamente, Larry no estaba disgustado. «Con suerte —pensaba—, éstos me llevan junto a Larissa».

CAPÍTULO VIII

—¡Larissa!

—¡Larry!

Al menos en ese aspecto, el muchacho había tenido suerte. Le había confinado en el mismo sótano que ocupaba la chica. Y en el que el frío era espantoso, a pesar de los inútiles esfuerzos que por combatirlo hacía una pequeña estufa eléctrica.

Se abrazaron estrechamente, y durante varios minutos las bocas sólo hablaron el idioma del amor. Pero, pasada la emoción inicial, Larry fue consciente de la realidad.

—¿Por qué te retienen a ti? —Fue su primera pregunta.

Ella, que se había levantado del banco de madera en que estaba sentada al hacer él su aparición, volvió a sentarse, cogiéndole de una mano para invitarlo a hacer lo mismo. No les habían esposado ni atado a ninguno de los dos, ni falta que hacía porque el sótano sólo tenía dos ventanucos por los que no podía pasar nada mayor que un gato y, por si fuera poco, cruzados por dos barrotes de hierro. En cuanto a la puerta de comunicación, era metálica y se cerraba desde fuera.

—No lo sé, pero todo esto es muy extraño —murmuró Larissa, junto a la oreja de su compañero.

—Por mi culpa tú...

Ella le tapó la boca con su mano.

—No digas tonterías. Conocerme ha sido lo mejor que me ha ocurrido en mi vida. Están cometiendo un error, y no pasará mucho antes de...

—No están cometiendo un error, Larissa.

Había llegado de susurrar la verdad junto a la bella oreja de la bella muchacha. Ella le miró sorprendida, y él le hizo un gesto de

tener paciencia y escuchar.

—Sí, querida. Estás metida en este lío por mi culpa, y no se trata de ningún error. Soy un... —Iba a decir «espía», pero se corrigió a tiempo—. Soy un agente del Servicio Secreto británico.

Ella le miró, boquiabierta; instintivamente, sin darse cuenta ella misma cuenta de lo que hacía, se apartó algo de él.

—¿Quieres decir que tú...? No era fácil de creer lo de Chejov pero, tonta de mí... Claro que de ahí a pensar que eres uno de esos sucios imperialistas —se excitaba al hablar—, que sólo quieren guerras nucleares para acabar con el pueblo soviético y sus realizaciones...

—Eh, alto —interrumpió el, amoscado—. Que ni soy imperialista, ni quiero la guerra nuclear, ni mucho menos, molestar a tu madre a la que, por cierto, acabo de conocer.

—¿Fuiste a casa? —empezó a ablandarse ella, pero se endureció de inmediato—. Debí hacer caso a la camarada Oglianov, mi instructora. «Nunca tengas tratos con extranjeros, aunque sean de países amigos. Al principio son todos muy...».

—¡Quieres callarte y escucharme!

Lo dijo en voz bien alta, por lo que maquinalmente lanzó una mirada a la puerta. La puerta seguía cerrada, naturalmente. No suele ser en las puertas donde se colocan los micrófonos.

Aunque en modo alguno convencida, Larissa se quedó callada.

—Mira —empezó Larry, de nuevo en un susurro—, yo no te he mentido...

La mirada cargada de reproches que le lanzó ella le obligó a matizar.

—Quiero decir que no te he mentido tanto. Es cierto que soy licenciado en Filología Inglesa y que me apasionan los escritores rusos, aunque no especialmente Chejov, debo admitir. Eso fue idea de mi jefe...

—¿Tu jefe, eh? —Volvió a la carga Larissa. La «cola de caballo» se balanceaba, dando fe de su indignación—. ¿A cuántos inocentes pacifistas soviéticos has matado en tus anteriores misiones?

—Nunca he conocido a un pacifista soviético...

La indignación patriótica de la chica subió varios puntos.

—¡Estás tan envenenado por la propaganda imperialista de los belicistas occidentales que ni siquiera admites la existencia de

pacifistas entre nosotros!

—¡No quise decir eso! ¡No dije eso!

De pronto a Larry se le ocurrió pensar que eso parecía una pelea de enamorados en el banco de un parque y no una discusión ideológica en un banco de un sótano que podía ser —y era muy probable que fuera—, la antesala de la tumba. Por aquello de lo imprevisible de las reacciones humanas, pensar todo eso le dio risa.

—¿De qué te ríes? —preguntó ella, con voz que rezumaba sospecha y desconfianza.

Larry se lo explicó, y terminaron riendo juntos. Aprovechando la momentánea «distensión» este-oeste, él contó lo que faltaba completar su poco creíble aunque cierta y brevísima historia de agente secreto.

—Y creíste que la que quería «pasarse», la asquerosa traidora, era yo —dedujo Lara, sin nada de afecto, pero con menos acritud en su voz.

—Bueno, compréndeme, yo no te conocía...

—¿Cuánto tardaste en descubrir tu error?

—Lo descubrí de inmediato. Tu comportamiento no podía ser el de alguien...

—¿Y por qué seguiste viéndome?

Ahora Larry se sentía más seguro. Volvía a terreno conocido. Y esta vez ni siquiera tenía que mentir, como casi siempre había tenido que hacer en circunstancias similares.

—Porque te quiero —dijo.

—Yo no sé si creerte...

Pero el beso de Larry acabó de convencerla.

Después, mucho después, dijo él:

—Ahora explícame lo que está pasando aquí. Porque eso de que te retengan a ti...

Ella volvió al tono conspirador y apenas audible.

—Aquí hay algo raro, Larry. Actúan como funcionarios del Estado y, desde luego, el coche era de los que usan las fuerzas de seguridad, pero... No sé.

—¿Qué quieres decir?

Larissa abarcó el sótano con un movimiento de su mano.

—Mira esto —dijo—. No es un calabozo, ni este lugar es una cárcel.

—Parece, más bien, una casa de campo. Y está en un lugar muy bonito.

—Es una casa de campo, una *dacha* —confirmó ella—. Muy grande y muy importante. Y estamos en *Serebriani Bor*, un lugar precioso para venir en verano.

—Ya, pero volvamos a lo que nos interesa, si esto es una *dacha* y no una cárcel, habría que pensar, que quienes nos trajeron aquí no son funcionarios del Estado.

Larissa asintió gravemente con la cabeza.

—Pues si no son de la KGB, Policía, o cualquier otro organismo estatal —siguió Larry—, ¿quiénes son?

—Eso es lo que yo me pregunto —corroboró ella—. ¿Quiénes son?

* * *

—¿Quiénes son?

En la reunión, convocada urgentemente un cuarto de hora antes, presidía el general Zhilov y participaban su segundo, el coronel Voriachev, el experto en cuestiones inglesas, Kostachenko y, excepcionalmente, Viktor Ivachenko. La pregunta la había hecho el jefe de la KGB, dirigiéndose a todos en general.

Kostachenko fue el primero en responder.

—Gente próxima a nosotros, supongo, camarada general.

La tensión subió ostensiblemente después de esas palabras. Zhilov miró a su segundo.

—¿Tú también lo crees, Igor? —le preguntó.

—Sí, camarada general —respondió éste—, yo también lo creo. Es la única explicación posible. Y me atrevería a afirmar que quienes han secuestrado a la camarada Serenova y al agente británico son los mismos que han asesinado a los agentes del Reino Unido.

—¿Por qué lo harían? —quiso saber Kostachenko.

Voriachev se encogió de hombros.

—Deseos de desestabilizar, supongo —dijo sin mayor convicción.

—Estos secuestros y, por supuesto, mucho más los asesinatos, son métodos trotskistas —dijo con voz preocupada Zhilov—. Me niego a aceptar que gente como ésas pertenezcan al servicio.

Volvió a hablar Voriachev y casi podía detectar fatiga en su voz.

—Camarada general, a todos nos cuesta aceptarlo. Pero las declaraciones de Ivachenko, y las del soldado que vio y denunció el secuestro del británico son coincidentes y no dejan lugar a dudas sobre el tipo de coche utilizado —miró al un tanto incómodo Viktor, ordenándole—: Hable, Ivachenko.

—Sí, camarada general, no tengo duda alguna de que el coche que secuestró a la camarada Serenova pertenece al Servicio.

—¿Vio usted la matrícula?

—No... No, camarada general, lo siento. —Viktor sintió que se ruborizaba.

Zhilov le ignoró, dirigiéndose a los otros.

—Estoy dispuesto a aceptar como hipótesis de trabajo que ese grupo de asesinos pertenecen al Servicio —dijo—, en ese caso ¿qué sugieren hacer?

Kostachenko tomó la palabra.

—Como los asesinados siempre han sido agentes británicos, he seguido paso a paso la investigación e, incluso, he hecho algunas averiguaciones por mi cuenta.

—¿Qué tipo de averiguaciones?

—Investigación en archivos de agentes que puedan tener o haber tenido especiales fobias hacia el Reino Unido.

—Eso resulta un poco infantil —dijo Zhilov con tono de disgusto.

—Sin embargo —respondió Kostachenko muy tranquilo—, he descubierto cosas muy interesantes. Le sorprendería saber, camarada general, que son más los agentes que despotrican contra, pongo por caso, contra Albania, que los que lo hacen contra los Estados Unidos.

Zhilov iba a responder, pero Voriachev se adelantó.

—Nos estamos alejando del tema y el tiempo apremia. Yo también vengo investigando con especial atención los asesinatos de agentes británicos, pero hoy he hecho algo más efectivo. Mis hombres están realizando una operación de rastreo en los alrededores de Moscú. Especialmente en las zonas despobladas. Incluso he cercado el *Serebriani Bor*.

—¿Por qué ese bosque en especial? —quiso saber Zhilov.

—Porque es el más próximo a Moscú de todos los grandes

bosques, y porque en él hay muchísimas *dachas* de ciudadanos soviéticos y diplomáticos extranjeros, que permanecen vacías en invierno. Lugares ideales para ocultar a dos secuestrados.

—O a dos cadáveres —dijo de improviso Kostachenko, y todos le miraron.

—¿Por qué ha dicho eso? —preguntó Zhilov.

El aludido se encogió de hombros antes de contestar.

—Sí, como todos suponemos —dijo—, ese Somerset ha venido a investigar los asesinatos de sus compatriotas...

—Somerset no es más... no era más que un cebo para mantenernos alejados de Cartwell —gruñó Zhilov.

—De acuerdo —convino el experto—, pero eso no lo sabían los secuestradores.

—O peor aún —intervino Voriachev—, puede que los secuestradores creyeran que Somerset era el verdadero encargado de la misión, y Cartwell el cebo. De ser así, el camarada Kostachenko hace bien en suponer que el británico será ya, o estará a punto de ser, cadáver. En cuanto a la camarada Serenova...

—Tendrán que matarla también para que no hable —completó Kostachenko, y Voriachev apoyó con un movimiento de cabeza.

—Hay que intensificar esa operación de búsqueda, Igor —dijo Zhilov, tras un instante de reflexión, y a modo de cierre de la reunión—. ¿Quieres que Ivachenko te acompañe?

Antes que Voriachev pudiera contestar, se adelantó Kostachenko, que también se había incorporado.

—Preferiría que el agente Ivachenko quedara a mis órdenes, de momento. El conoce bien al agente británico y puede serme útil en la tarea de archivo que estoy realizando.

Zhilov asintió distraídamente, el asunto no le interesaba demasiado.

—Quiero estar informado al instante —dijo, a modo de despedida.

Voriachev y Kostachenko asintieron, y éste guió a Viktor hasta su despacho. Poniendo ante sus ojos varias carpetas y álbumes fotográficos, le dijo:

—Vea si entre todas estas fotografías de miembros del Servicio puede reconocer a alguno de los que secuestraron a la camarada Serenova. De lograrlo, tendríamos un camino a seguir.

Dejando al joven agente ante la montaña de papel, se encaminó hacia la puerta.

—Tengo que cumplir un servicio especial —dijo—. Volveré en unas horas.

* * *

—Tened preparados a los prisioneros. Voy hacia allá. Debo darme prisa porque empiezan a sospechar.

—¿No sería mejor acabar con ellos ahora mismo, camarada?

—No. Tengo que hacer hablar a ese Somerset. Quiero conocer el nombre de sus contactos y, especialmente, cuanto sabe. Y si se menciona mi nombre. Yo soy el que tiende las trampas, no el que cae en ellas.

—¿Pentotal, camarada?

—Sí, téngalo preparado para dentro de... bien, el tiempo de llegar, salgo ya mismo. Si el pentotal no es efectivo, utilizaré medios más contundentes. Pero el inglés hablará. Y morirá no bien haya hablado.

* * *

—Mira, Larissa, no quiero ser pesimista, pero estos tipos, sean quienes sean, no abrigan buenas intenciones para con nosotros.

Larissa, estremeciéndose más de frío que de miedo, se apretó contra Larry.

—Eso ya lo supongo —murmuró—, pero ¿qué podemos hacer nosotros?

—Escapar.

—¿Cómo? —señaló la puerta metálica—. Esa puerta es imposible de abrir.

Como si sus palabras fueran mágico conjuro, la puerta se abrió. Pero no para dejarles escapar sino para dejar paso a un tipo con facciones mongólicas y armado con una pistola.

—¡Vosotros! —les ordenó—. ¡Venid conmigo!

CAPÍTULO IX

Subieron una estrecha escalera, con el de la pistola tras ellos, llegaron al piso principal, donde les esperaba otro tipo con otra pistola, y fueron conducidos por los dos hasta una habitación que tenía dos camas.

—Vigílalos —dijo la segunda pistola a la primera—. Voy por lo necesario y vuelvo.

—Echaros uno en cada cama —ordenó el vigilante.

«Voy por lo necesario», había dicho el otro, y eso, para Larry, significaba que las cosas ya no eran peores, sino «más» peores. Así que decidió actuar de inmediato.

Larissa y él estaban a un par de metros del de la pistola, que apoyaba su espalda contra una jamba de la puerta. Cuando el tipo terminó de hablar, Larry transmitió un fugaz mensaje visual a la chica, informándole que el momento de la acción había llegado.

Y ella, simplemente porque no se le ocurrió nada mejor, hizo algo genial.

Se dejó caer al suelo, como si se hubiera desmayado.

El de la pistola hizo lo que cualquiera habría hecho en su lugar: la miró. Y eso, que significaba dejar de vigilar a Larry, siquiera por un segundo, era cuanto él necesitaba.

Saltó sobre el tipo y, uniendo sus dos manos como había visto hacer en una serie televisiva, descargó un feroz golpe en la sien izquierda del guardián, que trastabilló y hasta dio un paso, visiblemente confundido.

Con felina agilidad femenina, Larissa se incorporó a medias y, con ambas manos, le arrebató la pistola.

El tipo conservaba suficiente consciencia para darse cuenta de lo que estaba ocurriendo. Suficiente para mirar aterrorizado el cañón

de su pistola.

Sin hablar, para no perder tiempo, Larry se la quitó a su compañera y descargó la culata sobre la nuca del confundido, que terminó de confundirse, cayendo al suelo.

—Vámonos —dijo el muchacho, señalando una ventana cerrada por cristales y postigos de madera.

Antes de que pudiera llegar a ella, irrumpió en la habitación el que había ido «a buscar lo necesario». Tenía sus manos ocupadas, una con una jeringuilla hipodérmica y la otra con un trozo de algodón.

—¡Larry! —gritó Larissa, que fue la primera en verlo.

Cuando el muchacho se volvió, dispuesto a disparar, el otro ya había desaparecido.

—Cierra la puerta —ordenó Larry—, mientras yo abro esta maldita ventana.

Ahora los segundos eran vitales, porque el de la jeringuilla llamaba a gritos a invisibles compañeros. La doble puerta de cristales se abrió fácilmente, pero los postigos, seguramente cerrados desde el verano, se resistían a los furiosos esfuerzos de Larry.

El picaporte de la puerta empezó a ser ferozmente manipulado desde el exterior.

—He echado la llave —murmuró Larissa, que estaba junto a Larry.

—Destrozarán el cerrojo a balazos —pronosticó él.

Precisamente cuando conseguía abrir los atascados postigos, sonó el preanunciado disparo a espaldas de los dos.

—¡Salta, de prisa! —gritó Larry a la chica.

Para darle tiempo a ella y dárselo él mismo, apretó dos veces el gatillo de la pistola que sacara al caído. Una maldición se oyó del otro lado, mientras una voz gritaba en ruso: «¡Mi mano, ese perro me la ha destrozado!». «¡A él vamos a destrozarlo!», contestó otro.

Larissa y Larry, ya en el exterior, miraron en torno. Sólo se veían las altas sombras de los árboles y el brillo suave de la nieve, apenas iluminada por una luna semicubierta por nubes.

—¿Tienes idea de adónde ir? —murmuró el muchacho.

Ella negó con la cabeza. Sólo un gran conocedor podía orientarse en esa oscuridad toda igual.

Pero ya dos hombres armados se asomaban a la ventana por la que ellos acababan de salir.

—¡A los árboles! —gritó Larry.

En realidad, estaban junto a ellos, ya que no se habían detenido tras saltar. Se ocultaron rápidamente, pero fueron vistos por los de la ventana, que dispararon varias veces.

Bien protegidos tras un grueso tronco, Larry disparó una vez. No hirió a nadie, pero los dos desaparecieron de la vista.

—¡Vámonos de aquí! —dijo, cogiendo de la mano a Larissa.

No era una demostración de cariño sino de prudencia, porque era tan densa la oscuridad entre los árboles que la menor desviación en el camino que seguían podía separarlos definitivamente.

Atrás se oían gritos de llamada y una voz se imponía sobre las otras: ¡Rodead el parque, no tienen escapatoria!

La última parte de la frase preocupó a Larry y le llevó a tomar una decisión.

—Espera.

—¿Qué? —Larissa se detuvo, jadeando y mirándolo sorprendida.

—Cambiamos de rumbo.

—¿Quieres decir volver a la *dacha*?

—Sí, aunque rodeándola, naturalmente.

—Es muy peligroso.

—¿No oíste a ése que dijo «No tienen escapatoria»? Eso significa que al frente habrá un muro o algo por el estilo.

Desandaron lo andado, que no era mucho, y se detuvieron en la linde de los árboles. No había enemigos a la vista; todos, indudablemente, batían el bosquecillo.

Protegidos tras la última línea de árboles, llegaron hasta uno de los extremos de la gran construcción. Ante ellos tenían unos metros de terreno liso, el edificio y, más allá, la oscuridad.

—Cruzaremos lentamente el espacio descubierto —susurró Larry—. Tú ponte a mi izquierda.

Así ella quedaba protegida de los disparos que pudieran llegar desde la casa.

—Vamos.

Avanzaron con gran sigilo, sin que sus zapatos hicieran el menor ruido sobre la nieve que, por estar allí muy pisoteada, se enfangaba, formando charcos de hielo muy peligrosos.

Lograron rebasar el edificio sin ser descubiertos. Del otro lado los árboles eran escasos y estaban distribuidos buscando un efecto decorativo. Aunque la oscuridad era muy densa porque las nubes cubrían totalmente la luna, comprendieron que estaban en un jardín.

—Ésta es la parte anterior de la casa —anunció en un susurro Larry—. La salida no debe estar lejos.

La alfombra de nieve era continua, pero por fin dieron con un estrecho canal de fango. Cuando el zapato derecho de Larissa se hundió en otro canal paralelo, comprendieron que habían dado con la huella que el coche que los llevara hiciera en la nieve.

—Sigamos estos surcos, nos llevarán a la carretera —susurró Larry, iniciando la marcha en dirección contraria a la *dacha*.

Después de andar más de cien metros, a Larry le pareció ver una sombra baja y continua, destacándose de la negrura general, y que muy bien podía ser una tapia. Se disponía a decírselo a Larissa, cuando desde ella llegó una voz que gritó:

—¡Eh, camarada, aquí estoy, medio congelado! ¿Es que os habíais olvidado de mí?

Mascullando un grueso taco, el muchacho empujó a su compañera hacia un costado del sendero. Apenas había árboles allí, así que no podía buscarse protección por ese lado.

—Sasha, ¿eres tú? —gritaba el centinela—. ¡Contestad, maldita sea!

Intrigado, se destacó de la sombra continua de la tapia, convirtiéndose en una sombra móvil que Larry podía haber matado con facilidad. Pero él no quería matar a nadie, si no era en defensa de su vida o la de Larissa. Y, por otra parte, el disparo habría atraído al resto de los enemigos.

—Al suelo —susurró a la chica, dejándose caer él también sobre la nieve, que era un colchón muy blando pero muy frío.

—Vamos a congelarnos —se preocupó ella.

—No estaremos tanto tiempo para que eso ocurra. Empieza a arrastrarte hacia la tapia —susurró Larry, señalándola.

Era una masa oscura que, vista desde el suelo, se levantaba como un inmenso muro, aunque no tendría más de un par de metros, a unos diez metros de donde ellas estaban.

—¡Identificaos o disparo! —gritaba el centinela, avanzando

cauteloso pistola en mano, y forzando sus ojos a ver en la oscuridad.

No era peligroso para la pareja, al menos hasta que alcanzaran la tapia.

Ateridos de frío, con manos y pies al borde de la congelación, llegaron hasta ella.

—Yo te alzaré —dijo Larry, uniendo sus manos para que ella pusiera su pie.

—¿Y tú?

—Podré arreglármelas solo. No era malo en salto de altura.

El centinela les daba la espalda, así que Larry no perdió tiempo. Elevando a Larissa, le puso muy fácil sentarse sobre el muro y saltar desde allí al exterior. El no saltó, como había presumido que podía hacer, pero logró asir la parte superior de la tapia con sus manos y le fue fácil izarse y pasar al otro lado.

—Bien, ya somos libres —anunció triunfalmente a Larissa, cuando ella le recibió con un espontáneo abrazo.

Aunque había mucha nieve, podían ver que estaban junto a una carretera.

—Es la carretera de Moscú —susurró Larissa—. Y sé qué dirección tenemos que ir.

—El camino hasta Moscú es un poco largo, ¿no crees? —bromeó él.

—Haremos autostop, eso que a los occidentales os gusta tanto —bromeó ella.

—¿Le llamas autostop a que yo te lleve sobre mis hombros?

Pero no habían andado cien metros cuando los faros de un coche, seguido de otro, que venían del lado de la capital, horadaron las tinieblas.

—¿Lo ves? —Casi gritó Larissa llena de alegría—. Ya no tendremos que seguir andando.

—Pero esos coches vienen de Moscú.

—Oh, qué importa eso. Nos llevarán al primer pueblo y desde allí podremos encontrar un tren, un autobús o un camión que nos lleve a Moscú.

Los coches, que venían a toda velocidad que la nieve permitía, ya estaban próximos a ellos. Alegremente, Larissa se plantó de un salto en el medio de la carretera y comenzó a agitar los brazos.

El coche que venía en cabeza frenó violentamente al verla, y el segundo tuvo que desviarse para no irse sobre él.

Gracias a los faros del segundo coche, la pareja: pudo ver que el primero era uno de los utilizados por la KGB.

Detenido a un par de metros de ellos, un hombre corpulento que viajaba en el asiento posterior abrió la portezuela y bajó de un salto, encarándose con la pareja, que lo miraba expectante.

—¿El señor Somerset, supongo? —preguntó o afirmó el recién llegado, dirigiéndose a Larry.

—Sí —respondió éste, muy sorprendido—. Pero usted no es Stanley.

—No, no soy Stanley —sonrió el otro, y alargó su mano para recibir la pistola que el muchacho todavía empuñaba.

Éste, desconfiado, dio instintivamente un paso atrás, sin entregar el arma.

—¿Pero es que no me conoces? —se sorprendió el recién llegado.

—No.

—¿Y usted, camarada Serenova?

—No, no le conozco.

—Sin embargo, mi foto aparece frecuentemente en los periódicos, y más de una vez también en televisión.

—No le conozco —repitió Larry, sintiéndose vagamente intranquilo.

Pero el otro sonreía abiertamente.

—Soy el coronel Igor Voriachev, segundo jefe de la KGB —dijo por fin—. ¿Sigue sin conocerme? —preguntó directamente a Larry.

—Perdóneme, pero sigo sin conocerle.

—Bien, bien —aprobó el coronel entre risas—. Es usted un agente bien entrenado. Y ahora entrégueme su pistola, por favor. Sus tribulaciones y los de la camarada Serenova han terminado.

El no hizo ademán alguno de entregar el arma, pese a que del segundo coche habían descendido dos hombres armados, pero Larissa decidió la situación.

—Entrega la pistola al coronel —dijo a Larry.

Ella misma se la sacó de la mano y se la dio a Voriachev.

—Bien hecho —aprobó éste—. Y ahora subid al coche. Volvemos a la *dacha*.

—¿A la *dacha*? —se sorprendió y enfureció Larry—. Pero si allí nos han tenido prisioneros...

Inició un movimiento que molestó a los hombres de escolta al punto de que alzarán sus armas con el dedo en el gatillo.

—Creo que no me habéis entendido cuando dije que vuestras tribulaciones han terminado... O están a punto de terminar —dijo Voriachev, sin perder su sonrisa y señalando el segundo coche.

CAPÍTULO X

La puerta principal de la *dacha* daba directamente a un gran salón comedor. Allí, junto a un tresillo antiguo pero confortable que se enfrentaba a una bien provista chimenea, fueron dejados Larissa y Larry. Después de amonestar breve pero duramente a sus hombres por haber dejado escapar a los prisioneros, Voriachev se encaró con ellos.

Larry, furioso contra Voriachev, contra sus esbirros y contra sí mismo por haberse dejado coger, se mantuvo en un despectivo silencio. Larissa se mordía el labio inferior. A ella se dirigió el coronel.

—Lo lamento por usted, camarada, pero comprenderá que no puedo dejarla viva...

—¿Por qué? —saltó Larry, rompiendo el silencio que se había impuesto—. Máteme a mí, si quiere, pero déjela vivir a ella. No hizo nada.

—Excepto conocerle a usted y estar aquí ahora. No, Somerset, yo no puedo dejarla viva y usted lo sabe. Es doloroso y hasta injusto, pero es así. La guerra siempre genera injusticias, y esto es una guerra. Usted vino a intentar descubrir quién era el responsable de las muertes de sus compañeros y lo ha descubierto, sólo que no podrá informar de tan importante cuestión a sus superiores —lanzó una carcajada, que corearon la media docena de secuaces que estaban abiertos en abanico tras él.

Larry no entendía absolutamente nada de lo que el otro decía, pero ponía cara de entender porque, mientras hablara, ellos seguían viviendo.

Lamentablemente, el otro no tenía muchas ganas de hablar.

—Quisiera explicarle lo que estoy haciendo, Somerset, y usted,

como profesional que es, lo comprendería. Pero no tengo tiempo. Lamentablemente, no todos tienen la mente tan clara como yo en la Unión Soviética, y tengo enemigos. Gente que no me entiende ni me entenderá nunca, porque no ven más allá de sus narices. Se conforman con intercambiar agentes en la frontera entre las dos Alemanias y creen que con eso están ganando la guerra fría. Yo soy efectivo; no cambio agentes, los elimino. ¿Por qué sólo británicos? —Su mano se introdujo en un bolsillo del pantalón y salió armada con una pistola, pero su voz siguió tranquila y hasta didáctica—. Porque son los mejores —apuntó con la pistola a Larry—. Sí, Somerset, tiene derecho a sentirse orgulloso. Los agentes británicos son los mejores, los únicos realmente peligrosos. Y usted es el mejor de todos. Yo adiviné de inmediato que usted era el bueno y no ese payaso de Cartwell, que ahora está alimentando a los peces del Ladoga.

Larry no entendía nada de nada y era consciente de la mirada sorprendida de Larissa posada sobre él, pero lo único que le importaba era que Voriachev siguiera hablando.

—Haciendo el tonto —siguió éste— logró engañarnos a todos y conseguir su objetivo que era llegar hasta la cabeza, hasta mí. Lástima, repito, que su hazaña nunca será conocida por sus jefes. Yo también, como usted, Somerset, soy un profesional. Y admiro el trabajo bien hecho. Por eso no tengo inconveniente alguno en decirle que lo admiro. —Larry lo miró con auténtica sorpresa—. Sí, sí, lo admiro —repitió Voriachev, alzando la pistola hasta el pecho del muchacho—. Y créame que no miento si le digo que lamento tener que matarlo. Pero no tengo alternativa, Somerset. Y voy a hacerlo ahora mismo.

—¡Tire esa pistola, Voriachev, la casa está rodeada!

Larissa. Larry y los secuaces, todos menos Voriachev, miraron en dirección a la voz.

En el vano de la puerta, un hombre alto y delgado, armado con una metralleta, apuntaba al abanico de hombres armados que estaban tras su jefe y ahora miraban desconcertados al recién llegado.

Larry no esperó más. La pistola de Voriachev seguía apuntando a su pecho, y podía dispararse en cualquier momento, así que dio un salto hacia adelante, e intentó arrebatarla a su dueño.

—¡Entreguen las armas y seré clemente con ustedes! —gritaba el recién llegado a los secuaces, pero Larry no podía oírlo.

Se lo impedía el estampido producido por la pistola de Voriachev al dispararla su dueño sin querer.

Y la bala que él mismo disparara accidentalmente fue a hundirse en su corazón.

Ante la muerte de su jefe y, especialmente, la contundencia de la metralleta del recién llegado, los secuaces optaron por alzar sus manos.

—¡Dejen caer las armas! ¡Somerset, encárguese de recogerlas!

No sólo Larry, también Larissa, se apresuraron a cumplir la orden del desconocido.

Cuando los tipos estuvieron desarmados y con las manos en alto apoyadas contra una pared, éste se presentó.

—Soy el capitán Wladimir Kostachenko y he venido siguiendo a Voriachev. Se supone que soy el experto en cuestiones británicas de la KGB, pero debo confesar que a usted no lo tenía en el ordenador.

—Es que somos tantos... —dijo Larry, porque fue lo primero que se le ocurrió.

Su salida provocó la risa de Kostachenko y de Larissa.

—Es usted una acabada muestra de humor británico —alabó aquél.

Después, con voz más seria, dijo:

—Mejor será que telefonee de inmediato al general Zhilov para informarle de lo ocurrido y pedirle que envíe refuerzos.

—¿Pero no dijo usted que tenía rodeada la casa? —preguntó Larry, auténticamente sorprendido.

Más se sorprendió cuando sus palabras arrancaron una carcajada de Kostachenko.

—¡Es usted fenomenal! —Le lanzó el soviético—. Hasta un niño se habría dado cuenta que usted no me creyó, al ver cómo se abalanzó sobre Voriachev para desarmarlo, y ahora pretende hacerme creer que se sorprende al saber que estoy solo.

Una vez más, Larissa lo acompañó en la risa.

—También me engañó a mí —explicó—. En algún momento llegué a pensar... Bueno que no era un agente tan listo.

—No fue usted la única en engañarse, camarada. También se engañó el general Zhilov, jefe de la KGB, que creía que el importante

era Cartwell.

Dejando a Larry sumido en el mar de confusión que empezaba a ser su hábitat habitual, el capitán se dirigió al teléfono, disco un número y habló largamente. Después colgó el auricular y se volvió a la pareja.

—Bien —dijo—, el general Zhilov en persona viene hacia aquí —guiñó un ojo a Larry—. Aunque no de forma oficial, por supuesto —siguió—, el gran jefe quiere felicitarlo personalmente.

Esto ya fue demasiado.

—¿Felicitarme? ¿El jefe de la KGB quiere felicitarme a mí? —Hasta llegó a pensar que, de enterarse sus jefes, no les haría ninguna gracia.

—Por supuesto que sí. Aunque yo venía desde tiempo atrás sospechando que el responsable de los asesinatos de los agentes británicos y de muchas otras actividades fanáticas fuera y dentro de la URSS era el coronel Voriachev —señaló despectivamente su cadáver—, no lograba reunir ni la más mínima prueba. Y no es fácil acusar sin pruebas al segundo jefe de la KGB. Hasta que vino usted y, en un par de días, nos resolvió el asunto. Y de la forma más «limpia», más profesional que era posible hacerlo. Ya ha dicho el general Zhilov que informará al pueblo mañana de la muerte del coronel Voriachev mientras se encontraba limpiando su arma reglamentaria.

Aunque siempre sin entender nada, Larry decidió sacar partido de la situación.

—Bueno —dijo con la voz más profesional que pudo inventar—, no todo el mérito es mío. Buena parte de él corresponde a la camarad... a la señorita Serenova.

—Por supuesto, por supuesto —aprobó calurosamente Kostachenko—. Aunque su participación fue., hum... digamos accidental...

—No, no —sorprendió a sus interlocutores Larry interrumpiendo—: de accidental, nada.

—¿Cómo? —La mirada de Kostachenko rebosaba de renovada admiración—. ¿Quiere decirme que no la eligió al azar, sino porqué, aún sin conocerla en absoluto, pensó que era la más indicada?

—En efecto, así fue.

Ahora también Larissa lo miraba sorprendida.

—Perdóneme, Somerset. No le pido que revele sus secretos, pero ¿podría decirme qué fue lo que vio en ella (antes de hablarle, claro), que le hizo elegirla?

—La «cola de caballo».

—¿Qué? —La pregunta había sido hecha por Larissa y Kostachenko a dúo.

—Sí, la cola de caballo. Siempre dije que elegiría para compañera... compañera para toda la vida, se entiende, a la chica que luciera la mejor cola de caballo. Siempre que ésta esté de acuerdo, claro.

Que ella estaba de acuerdo lo dejaron bien en claro sus ojos húmedos de emoción. Después de reír, Kostachenko se puso serio y dijo:

—Bien sabe usted, Somerset, que no aprobamos en principio que nuestras mujeres se casen con extranjeros, pero tratándose de usted... Bien, creo que el general Zhilov podrá arreglarlo.

Y el general Zhilov pudo arreglarlo.

* * *

Un mes más tarde, Larry volvió una tarde muy confundido a la casita que compartía con Larissa en las afueras de Londres.

—Esto del servicio secreto cada vez lo entiendo menos —confesó a su mujer.

—¿Por qué?

—Pues mira lo que me ocurrió esta tarde. El mismísimo jefazo, *sir* James Gardner-Brown, me llamó a su despacho para anunciarme que me habían concedido la Orden del Imperio Británico y que quedaba despedido.

—En mi país, a los que despiden no les conceden la Orden de Lenin —comentó Larissa, agregando—: Debe ser por aquello del humor británico.

—Sí, eso debe ser —decidió Larry, alzando en brazos a su mujer y encaminándose hacia la escalera que llevaba a su dormitorio.

FIN

Ronald Mortimer pseudónimo bajo el que se escondía José Manuel González Cremona. Originario de Argentina, el también periodista se asentó en Barcelona después del golpe de estado del 76, siendo otra de esas infatigables plumas del pulp español; en nuestras fronteras y dentro del bolsilibro se le recuerda especialmente por sus aportaciones para la «Selección Terror» de Bruguera, aunque también era especialista en la literatura juvenil y el género de la aventura, siendo bastante reconocidas sus adaptaciones de Julio Verne o Emilio Salgari. Como dato anecdótico mencionar que Ronald Mortimer fue su pseudónimo más reconocible, pero no el único: al lector también le puede sonar nombres como John Stuart, Anthony Logan o Eric Sorensen.